

Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



ISSN: 1695-1859



Número 20, tercera época
Julio-Septiembre de 2013

AL
2013

ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración ideal no debe superar las doce mil palabras. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados éstos, considera que hemos desestimado tu obra.

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José Joaquín Ramos, Graciela I Lorenzo, J.A. Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

Colaboradores: Iñigo Fernández.

Traductores: J.A. Menéndez, Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: Olga Appiani.

Conversión a epub y mobi: J.A. Menéndez.

Infografía portada: Graciela I. Lorenzo.

Resto Ilustraciones: Olga Appiani y Pat Macdougall.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentarse contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL 3

CUENTOS:

EL TIEMPO ES UN ESPECTRO
por Mauricio del Castillo..... 5

ENTRE PROCLAMAS DE GUERRA
por Cat Rambo. Traducción: José Ángel Menéndez Lucas..... 26

TEMPUS FUGIT
por Patricia Reimóndez Prieto 33

NOVELAS:

OXÍGENO Y AROMASIA. CAPÍTULO XX:
LA NUEVA ESCUELA
por Claës Lundin. Traducción: Adriana Alarco de Zadra. 36

CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS
SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE
NUESTROS HIJOS. CAPÍTULO 6.2:
JARDÍN BULBOSO. MACIZOS.
por Javier Cosnava..... 45

POESÍAS:

ZORRAPIO
por Martín Muñoz Kaiser 59

UDF-423
por Mario Daniel Martin 61

ARTÍCULOS:

DEFIANCE
por J.A. Menéndez..... 63

LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL
SIGLO XX (Y 6): ECOTOPÍA
por PÉ DE J. PAUNER..... 70

ENTREVISTAS:

ENTREVISTA A MAGNUS DAGON:
por María del Carmen Horcas 74

CÖMICS:

EL NIÑO Y EL SOL
Guión: Antonio Mora Velez/Arte:
Komixmaster 80

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



EDITORIAL

Estimados amigos:
Una vez más acudimos a vuestras pantallas con el número de julio-septiembre de 2013.

En este número hemos cambiado ligeramente la regla del dos: en vez de publicar dos de todo, vamos a publicar tres cuentos. Dos serán medianos y uno pequeño de menos de mil palabras. También recuperamos la sección de cómics, pero ya hablaremos en su momento.

A pesar de estar en continua búsqueda de nuevas voces, nunca hemos hablado del tipo de colaboraciones que deseamos. Evidentemente queremos cuentos, pero no hemos dicho qué variantes dentro de la ciencia ficción queremos. Puede ser un buen momento para decir qué deseamos. Sabemos que es un campo muy amplio y hacer una lista inclusiva tendría dos defectos. Uno: sería muy aburrida; dos: perderíamos alguna variante de cuento que nos gustaría ver incluido. Normalmente aceptamos cuentos que respondan a la siguiente pregunta: ¿qué pasaría si sucediese tal cosa? Por ejemplo: si existiesen alienígenas que tuviesen un concepto diferente del tiempo del que tenemos nosotros. El ejemplo lo tenemos en *El tiempo es un espectro* de **Mauricio del Castillo** y hasta aquí puedo hablar de esta variante. Otra variante muy apreciada por esta revista, pero poco publicada, se refiere a qué pasaría si existiese el viaje interestelar. Podríamos ser la única especie que lo tuviese o más y aquí entraríamos en el tema de los conflictos interestelares, tal y como se refleja en *Entre proclamas de guerras* de **Cat Rambo**. No es necesario que sea un conflicto entre nuestra especie y otra ajena a nosotros, puede serlo entre especies exóticas, o se me ocurre que el conflicto se dé dentro de la especie alienígena o el híbrido humano alienígena. Ese es el caso que ocupa la novela seriada *Crónicas de las Tierras Mestizas*, una novela de aventuras de **Javier Cosnava**, hard y coral, donde se mezclan varios géneros y donde todo es posible. En ella se nos narra la historia de los *Loo*, una especie híbrido hombre-alienígena. A modo de recordatorio diré que en capítulos anteriores habíamos visto que los enfrentamientos soterrados entre humanos y *Loo* o las conjuras de *Bakhenkonsu* sólo han servido para traer la muerte y la desgracia a la Tierra Mestiza.

Hay más ideas como: ¿Qué ocurriría si... pudiésemos viajar por el tiempo? *Tempus fugit* de **Patricia Reimóndez** es uno de esos casos. Reconozco que la paradoja es mínima pero el resultado es impredecible.

También admitimos especulaciones sobre el futuro como en *Oxígeno y Aromasia* de **Claës Lundin**. Un lugar perfecto para colocar una utopía o una distopía.



Nunca he tenido claro qué representa esta novela que, situada en una Suecia futura, hay conflictos por el amor de una mujer, intentos de asesinato, duelos aéreos, anticipación sin sentido de las noticias o educación del cerebro por métodos fisiológicos. No es la única variante de futuribles, pero dejo que el lector las descubra.

Hay otra variante que no creo haber publicado, pero que me gustaría publicar y responde a la pregunta de: ¿Qué hubiera pasado si...? Me estoy refiriendo a las ucronías y el fenómeno *steampunk*. Reconocemos que son dos tipos de relatos completamente diferentes pero apreciamos que responden a la misma pregunta.

A lo largo de los anteriores párrafos hemos incluido las novelas entre los relatos porque admitimos la misma temática en ambas secciones. Para las poesías y los cómics, rige el mismo criterio de selección.

Nos queda mencionar los artículos y las entrevistas. Los artículos preferidos son los literarios *Ecotopia* de **Pé de J. Pauner** pero eso no significa que dejemos de admitir artículos sobre series. *Defiance* de **J.A. Menéndez** es un ejemplo de ello. O artículos sobre tecnología y cualquier otra cosa que se os pueda ocurrir en relación con la ciencia-ficción.

En las entrevistas, nos hemos centrado en autores españoles pero eso no significa que no deseemos otro tipo de entrevistas, a autores y cineastas latinoamericanos o en otras lenguas. O actores que se hayan destacado por su actividad dentro de la ciencia-ficción.

Por último, hemos retomado el rubro de los cómics. Cualquier cómic relacionado con los temas expuestos será bienvenido.

Ahora, solo queda esperar que disfrutéis de la revista tanto como nosotros.

El Equipo Editorial.



CUENTOS

EL TIEMPO ES UN ESPECTRO

por Mauricio del Castillo

La Ciencia Ficción nos ha entregado muchos relatos, novelas, cuentos y narraciones sobre el tiempo; los autores lo han estirado, contraído, doblado y retorcido con fines a veces paradójicos. No recuerdo haber leído un cuento como este de Mauricio del Castillo, cargado con un delicado humor y un final inesperado. No puedo contar más amables lectores, hagan como yo y entren en la compleja mentalidad de Mister Enyammar sin pérdida de tiempo.

Mister Enyammar despertó de su sueño de mil años dentro del estanque de preservación. Pero mil años era tan sólo un decir ya que no existía en sus siderales percepciones esa extraña referencia.

Luego de que su ayudante, el hongo inmortal, inyectara la masa de carbono orgánico dentro del estanque, el alma uniforme de Mister Enyammar se materializó. Abrió sus redondos ojos sin pupilas y salió del féretro mediante un mecanismo interno. Se hallaba desnudo y empapado. Sus antenas vibraron como ramas en invierno y observaron al hongo inmortal escurrirse a su lado.

—¿Los planetas se encuentran alineados, asistente? —preguntó.

El hongo cambió de color y dijo:

—Así es, mi señor. Muchos cambios. La Federación del Coral encontró un pueblo semejante al suyo al otro lado de la galaxia.

Mister Enyammar escuchaba con paciencia.

—El planeta Kenisahl ha cambiado de administradores —continuó el hongo—. Se hacen llamar los oficinistas. Se han unido a los cuclillos de ojos marrones y ahora han fundado su propia religión.

Mister Enyammar bostezó en tono aburrido.

El hongo inmortal hizo un repaso de los acontecimientos en los últimos eones:

—La Luna se independizó, mi señor. Los colonos fueron lo suficientemente listos para amenazar a la Tierra con destruir sus estaciones espaciales y amagaron con la expropiación de sus minas de hierro. Hace poco tiempo se encontraron archivos que revelan la intromisión de una supercomputadora...



—La Tierra... —interrumpió el soberano—, ¿aún existe?

—Me parece que sí, mi señor. Después de sobrevivir a las profecías de los mayas, acabaron por fin con la pobreza extrema que tanto la afligía. Pero el gusto duró poco: una epidemia afectó considerablemente a la población y ahora los terrestres se encuentran mermados.

Hay mucho por reflexionar, se dijo Mister Enyammar. En cuanto los terrestres muestran cierta evolución en su personalidad se pierde mucho y se gana mucho también. ¿Qué clase de civilización adelantada sería ahora?, se preguntó con un rostro que trataba en lo posible de hallar respuestas.

—Es importante saber el progreso de mi hermano, asistente. Un viaje a la Tierra es lo que necesito para asegurarme de su bienestar.

El hongo inmortal clareó la superficie rasposa de su piel y dijo:

—Muy bien, mi señor. Haré los preparativos para su inmediata llegada a ese planeta.

La aeronave del Sistema Kamled-O, en la que Mister Enyammar se dirigía hacia la Tierra, se encontró de pronto con graves problemas relativistas de espacio-tiempo. El viaje interestelar generalmente usado en tecnologías de propulsión de naves espaciales era lento. Por consiguiente, el viaje resultó ser muy largo, con una duración que iba desde cien hasta miles de años. De tal forma que los pasajeros decidieron optar por la preservación criónica, la cual ofrecía la posibilidad de convertir a las naves en dormitorios y así los viajeros permanecerían inertes en los largos años de viaje. Excepto Mister Enyammar, que no entendía a ciencia cierta el uso práctico de esta técnica.

En otras ocasiones, Mister Enyammar se había encontrado con abstracciones fantásticas completamente alejadas del sentido cotidiano. Pero los viajes no habían sido nunca tan intensos. Un ser sentado junto a él, parecido a una almeja, sacó un frasco de agua salada del bolsillo y echó un trago. Mister Enyammar le sonrió, pero el otro apartó la vista; no estaba dispuesto a compartir con nadie su analgésico particular. La aeronave empezó a estirarse y a zumbear con frenético impulso. Una larva se puso a llorar. Hacía demasiado calor en la cabina; el aire estaba viciado. La antena izquierda de Mister Enyammar se entumió. Leyó unas líneas de la placa de noticias que había comprado en el espaciopuerto, pero la violencia de los saltos cuánticos distraía su atención. Miró fijamente el espacio salpicado con cúmulos de estrellas a punto de convertirse en novas.

«¿Sabe usted qué es lo que siempre he querido hacer?», emitió en onda baja la almeja que viajaba sentada junto a Mister Enyammar. «Siempre he deseado comprar una granja en Transito-31 y criar cultivos de vida protozoaria».



Año XI. Número 20, tercera época. Julio-Agosto 2013.

La azafata anunció que iban a hacer un nuevo salto. Todos, excepto las larvas, vieron extenderse en su imaginación un efecto físico que los haría alterar sus moléculas. Se oía cantar al aeronauta en voz muy baja:

—*Otro día lo pagaré. ¿Cómo te atreves a ser tan bella, gigantona? Oh, nena, apunta y dispara a este corazón a la deriva.*

No se escuchaba ningún otro ruido.

La temperatura aumentaba dentro de la nave. Los pasajeros estaban protegidos contra la muerte instantánea por radiación gracias a las paredes blindadas del casco, pero la temperatura seguía subiendo. La aeronave se zarandeó con tanta energía que un longevo ser de dos cabezas sentado en la parte delantera aulló:

—¡Mis orejas! ¡Mis orejas!

El gran círculo de oscuridad que había señalado la posición del Sol en la pantalla cubierta de estrellas reducía con rapidez su tamaño. En una docena de latidos perdió la mitad de su diámetro; veinte segundos más tarde se comprimió a una cuarta parte del mismo.

La aeronave proveniente del Sistema Kamled-O descendió suavemente sobre una de las pistas del espaciopuerto Marilyn Monroe. Una azafata abrió la escotilla de golpe y alguien hizo lo mismo con la salida de emergencia en la parte de atrás. Temerosos por sus vidas, los pasajeros salieron en fila por las puertas y se desperdigaron por la plataforma en todas direcciones. Cuando estuvo claro que la

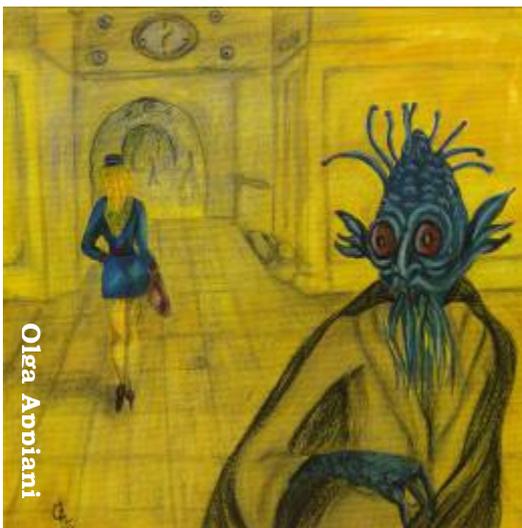
aeronave no se quemaría ni estallaría, la tripulación y la azafata reunieron a los viajeros y los hicieron subir a un remolcador.

Las amplias torres de comunicación ordenaron el desalojo de pasajeros y pidieron sólo cinco minutos para que el personal pudiera enviar por tubos al vacío los equipajes. Más de la mitad de los turistas embutidos en sus cápsulas de preservación criónica no tenían idea de los apuros que había sufrido la aeronave. Mister Enyamm, portando su túnica color beige y ocultando lo más posible su piel azulina, preguntó a la azafata:

—Disculpe, ¿qué quiso decir con «cinco minutos»?

La azafata, rubia hasta la médula y de piernas tonificadas, no dejó de sonreír. Enseguida dijo:

—Que en cinco minutos usted puede recoger sus pertenencias, señor.



Olega Avniani



Mister Enyammar movió confundido su cabeza y dijo:

—Eso lo entiendo. Pero lo que no me queda claro es el significado de «minutos», señorita.

La azafata no dejó de sonreír en ningún momento, pero por el tono de voz empleado dio la impresión de estar explicándoselo a un niño de tres años.

—Escuche, señor, cuando ocurran trescientos momentos o respiraciones, será el momento en que pueda recoger sus pertenencias.

—Aún no me queda claro —dijo Mister Enyammar con amabilidad—. ¿Por qué no me pide simplemente a que espere la llegada de mis pertenencias? No entiendo la función de esos «minutos».

La azafata dejó de sonreír, frunció el seño y se limitó a decir:

—Que tenga un buen día, señor.

La Tierra era un lugar donde imperaba el caos. Guerras bárbaras, pseudoreligiones, cerebros con poca recepción y políticas inservibles se hallaban a la orden del día. Sus esperanzas, casi al borde de la entropía, comenzaban a dejar de ser un augurio de mejores épocas, a tal grado de convertirse en un estilo de vida como cualquier otro. Incluso con sus problemas, nadie podía dudar que en la Tierra se encontraran las mejores clínicas de subsistencia. En ellas, cualquier unidad existía para toda la eternidad, aún sin los metabolismos de un hongo inmortal. El hermano de Mister Enyammar residía en una de estas clínicas debido a su inestabilidad molecular.

Cuando Mister Enyammar tomó la pista móvil que lo llevaría a uno de los automóviles disponibles, notó con nerviosismo que todo el mundo se movía a una velocidad increíble: corrían, taconeaban el suelo, arrojaban miradas de angustia hacia un dispositivo amarrado a las muñecas o presenciaban con terror unos extraños símbolos plasmados en una amplia torre, como si se tratara de la imagen de un dios maligno al que le tendrían que pagar tributos. Podía escuchar de sus voces una constante que no tuvo significado alguno para él:

—¡Por Dios, qué tarde voy!

Miró con horror que los terrestres, en masa total, hacían lo posible por entrar a los pasillos con los rostros sudorosos y llenos de inquietud. Mister Enyammar se acercó a un empleado de limpieza recargado en su escoba multiusos. Con un hilo de voz apenas audible, Mister Enyammar preguntó:

—Usted... dígame, ¿qué ocurre en este planeta?

El empleado se limitó a decir:

—¿Eh?



—La gente... ¿por qué está así? ¿Acaso tiene problemas? ¿Hay una nueva guerra mundial?

—¿Qué dice? Pero yo los veo muy bien. Bueno, tal vez porque es lunes. Ya sabe, todo el mundo anda como loco. Y en quincena... ¡uf! ¡Peor se pone la cosa!

—¿Marte les ha declarado la guerra?

—Nada de eso. Es que sus vuelos están atrasados y tienen miedo de llegar tarde a sus destinos.

—¿Y por qué tienen miedo? ¿Cuál es la razón?

El empleado dio una chupada a su paleta de caramelo. Miró a todos los pasajeros deambular como si se trataran de ovejas perdidas. Por mucho era el terrestre más relajado y sereno que había visto.

—El punto, mi desorientado amigo, es que deben cumplir con sus actividades: trabajo, citas amorosas, consultas, juegos... Si llegan tarde a una puede que vean reducida su estancia y dichas actividades las tengan que realizar a medias. A nadie le gusta realizar las actividades a medias. ¿Usted es de los completos o incompletos?

—Completos —afirmó Mister Enyammar sin titubear.

—Bien. ¡Muy bien! ¿Sabe qué? Usted tiene actitud. Se le nota. Pero ya va siendo hora de que se ponga al corriente si no quiere que le tomen el pelo. Se lo digo desde ahora.

—¿«Ahora»? ¿Qué significa...?

El empleado dio otra chupada a su paleta y la contempló como si tratara de descifrar un fallo filosófico.

—Si usted tiene tiempo de sobra, entonces esas cuestiones lo tienen sin cuidado. A los humanos no. Ellos sólo disponen de cien años de vida, cuando mucho. Eso si no se les cruza alguna enfermedad. Es por eso que quieren realizar el mayor número de actividades en el menor tiempo posible.

Mister Enyammar no lo podía creer. Un instante tan raro y singular no tenía sentido, no existía. Para el ser proveniente del Sistema Kamled-O esperar no significaba una tortura psicológica. Acogía el paso del tiempo con resignación y hasta con gusto. Para él, las constelaciones eran las manecillas de un reloj, la vida de una estrella la duración de un partido de tenis y la cosmogonía del universo un *after party*.

Agradeció al empleado la explicación y se fue de ahí todavía más confundido que antes. Salió a la intemperie a tomar un transporte personal. Un auto gravitacional se posó justo a un costado de la acera. De la ventanilla se asomó el rostro



de un hombre, de aspecto tosco y rudo. Preguntó de golpe a Mister Enyammar:

—¿A dónde lo llevo?

—Al Centro de Mantenimiento Neuronal, por favor.

El chofer, miró con expresión severa al pasajero.

—¿Se quiere hacer el gracioso conmigo o qué?

—Disculpe, yo no entiendo.

—El Centro está del otro lado del océano. No puedo atravesarlo en este cacharro. ¿De dónde pitos es usted?

—De un lugar muy lejano —dijo Mister Enyammar mientras se retiraba de la acera a paso muy lento. Afuera las mismas escenas se repetían en el espacio-puerto. Los terrestres llevaban dentro de sus mentes y almas toda una epidemia abstracta. Tal vez la derrota contra los selenitas había mermado mucho su moral y los había convertido en dependientes de algo tan complejo como el «paso del tiempo».

Mister Enyammar halló a un hombrecillo que no hacía otra cosa que cargar equipaje sobre sus espaldas, sin prisas y sin angustias. Preguntó:

—Disculpe, ¿tendría la gentileza de decirme dónde puedo conseguir un vuelo que me lleve al Centro de Mantenimiento Neuronal?

El hombrecillo abrió sus ojos con sorpresa y dijo:

—Eso está en Nueva Roma, Eurasia. Antiguamente se le conocía como simplemente Roma. Deberá atravesar todo el océano en bote. Luego de los ataques terroristas, la ONUTA decidió cancelar los vuelos intercontinentales.

—¿En bote?

—Así es. El viaje es largo. Tres meses más o menos.

—¿Qué significa «tres meses»? —quiso saber Mister Enyammar.

El hombrecillo agitó su cabeza.

—Pues no caigo. ¿Acaso no sabe el tiempo que eso significa?

—¡No tengo idea de lo que es el tiempo!

—Entonces no tiene por qué preocuparse y disfrute del viaje.

Mister Enyammar se dirigió al puerto marítimo más cercano. Si no fuera por las aglomeraciones se diría que estaba abandonado. Los barcos eran arcaicos y severamente atacados por la herrumbre y las algas adheridas en la popa. Los ruidos chirriantes de los cuartos de máquinas tronaban con furia; estelas de



humo gris fueron dejadas atrás mientras emprendían su viaje hasta internarse en el desolado océano.

Todos los barcos eran grandes y viejos. En ninguno de ellos pasaría desapercibido en total soledad y calma, justo como era de su agrado. Registró cada mueble en pos de una barcaza óptima que le otorgara el más cómodo refugio. Al fondo, amarrado de forma descuidada y de forma vertical, encontró el bote más pequeño y peculiar de todo el puerto. Llamó a la campana y en instantes apareció una niña en cubierta. Miró con desconfianza a Mister Enyammar. Tenía un ojo marrón y el otro blanco, sin pupila. Aparentaba la edad de quince años, pero con los avances en la ciencia podía tener en realidad cincuenta, cien o ciento ochenta. Su cabello era una masa rojiza que se agitaba al vaivén del viento. No parecía haber injertos de ningún tipo en su rostro, aunque los maquillajes hacían milagros luego de cubrir imperfecciones y cicatrices profundas.

La niña entreabrió los ojos y bostezó al recién llegado. Enseguida dijo:

—Son las dos de la mañana, demente. ¿Qué no tienes otra cosa mejor que hacer?

Mister Enyammar no entendió qué quería decir con «dos de la mañana». Temió preguntarlo.

—Yo soy la capitana. ¿Qué deseas, demente?

—Deseo ir al Centro de Mantenimiento Neuronal. Me dicen que está en Nueva Roma. ¿Sabes llegar allá?

La niña se despertó por completo al escuchar el acento extranjero de Mister Enyammar.

—¿Sabes cuánto se tarda en llegar al otro lado? ¡Cinco meses!

Mister Enyammar se preguntó por qué había tanta alarma al respecto.

—¿Acaso no pudiste esperar por la mañana, demente?

—¿Mañana? No, no, no. Debo hablar con mi hermano. Está recluido en el Centro de Mantenimiento Neuronal.

La niña se quedó muda de la impresión.

—Oye —dijo por fin—, algo me dice que no eres de por aquí.

—Tienes razón, terrestre. Mi nombre es Mister Enyammar. Provengo de un planeta ubicado en el sistema Kamled-O. ¿Cuál es tu nombre, si se puede saber?

La pequeña capitana del barco alzó la vista con desinterés, con una de esas miradas que los terrestres saben dirigir a los alienígenas, y dijo:

—Roqueta, pero no me llames «Rocky».



—¿Qué tengo que hacer para que aceptes llevarme? —preguntó Mister Enyammar con suavidad.

—No me puedo ir así como así —dijo ella—. Tengo que pedir permiso a mis tutores. Aún tengo quince años, y me faltan sólo seis meses para graduarme de la escuela. No puedo hacer un viaje como ése.

Mister Enyammar intentó con todas sus fuerzas hacerse a la idea de lo que ella quería decir. Un año podría asemejarse a cerrar los ojos por un momento y luego abrirlos en su totalidad. Lo que sí fue claro para él es que todo el mundo se movía a una velocidad luz en comparación con la suya.

—Puedo pagarte con algo —dijo, como último recurso.

—¿Y se puede saber qué es?

Mister Enyammar no había planeado el viaje a fondo. Supo que había sido un error. Apenas tenía dos mil estrellas en su bolsillo. El Sistema Solar (y sobre todo la Tierra) tendía a devaluar la moneda alienígena. Con toda seguridad la niña terrestre lo rechazaría. Ahora veía ante sus ojos cómo se escapaba la oportunidad de ver una vez más a su estimado hermano.

Desesperado, volcó sus pertenencias a fin de encontrar algo que pudiera agradarle a la niña terrestre: ropas ajustables, artilugios para cambiar el clima, cremas para mantener el calor en su piel y cascos para andar. Desperdigó unas cuantas rocas sobre el suelo y Roqueta se maravilló de inmediato ante un repentino resplandor.

—Aguarda —dijo—. ¿Qué es eso?

—Son piedras, para quitar las escamas viejas de mi piel.

—¿Y por qué brillan así?

—No lo sé. Nunca antes me había fijado que brillaran.

Roqueta se acercó al barandal del bote sin atreverse siquiera a parpadear.

—Son muy lindas. ¿Me dejas ver una más de cerca?

Mister Enyammar se encogió de hombros. Roqueta tomó una de las piedras y la estudió minuciosamente.

—Se parece mucho a... —se interrumpió. En seguida dijo—: Aguarda aquí, demente, iré por el espectrógrafo del tío Enrico.

Al cabo de unos minutos contempló la roca en su laboratorio improvisado dentro del bote. A simple vista le pareció una vulgaridad, un vil producto de la charlatanería. Con ayuda de una barrena retiró un pequeño fragmento y lo llevó al espectrógrafo a fin de determinar sus propiedades.



—Hay que esperar una hora mientras mi aparato mide su masa y número atómico.

—¿Qué es una hora? —preguntó Mister Enyammar.

—¡Mucho tiempo! —estalló Roqueta.

Los resultados de la lectura aparecieron en la pantalla del conmutador. La extraña niña clavó la vista en el numerador y el resultado le hizo dar saltos en la cubierta. Mister Enyammar no entendía lo que estaba ocurriendo, ni siquiera cuando ella exclamó:

—¡Es oro! ¡Es oro!

Roqueta ya estaba en la cabina de mando lista para zarpar.

El viaje fue tedioso y aburrido para Roqueta. El problema no yacía en el vasto mar y en su infinito horizonte, sino en la introvertida personalidad de Mister Enyammar. No obstante, al final sabía que lo valía y que no podía hacer menos luego de adquirir tan preciada mercancía. Mister Enyammar aún poseía tres grandes pedazos de oro incrustado y por la displicencia que tenía en su azulado rostro, Roqueta supo que con un poco de suerte podía quedarse con ellos como pago de honorarios.

Mister Enyammar tenía prendida su vista en el cielo. A pesar de la monotonía que representaba el viaje, nunca antes había visto tanto líquido en un solo lugar. Los días no cambiaban: el sol salía del mismo punto todas las mañanas, el vaivén de las olas se repetía constantemente y los peces capturados no pesaban más de un kilogramo.

Una patrulla aérea pasó por encima de la pequeña barcaza. Roqueta la miró, tomó el altoparlante sónico y preguntó:

—Oigan, aves, ¿tienen idea si falta mucho para llegar al puerto de Lisboa?

Los patrulleros se miraron entre ellos. Empezaron media vuelta, y a través del altavoz, uno de ellos preguntó:

—¿Perdiste la brújula, niña?

La computadora de navegación era anticuada. Había dejado de ser precisa desde hacía mucho tiempo, pero Roqueta no lo hizo saber por temor a la burla de esos toscos hombres.

—Claro que no. Es sólo que quería iniciar una charla casual con ustedes.

Los patrulleros rieron entre ellos.



—Déjame decirte, niña, que a este paso vas a llegar a la Bretaña. —La voz del patrullero se dirigió a Mister Enyammar—: ¿Y tú qué ves, azul?

El aludido guardó silencio.

El líder de los patrulleros se aclaró la garganta y dijo:

—En tu lugar me mantendría alejado de estos alienígenas, niña. Son seres que no tienen nada que hacer aquí.

—En cuanto llegemos a puerto interpondré una queja al Servicio de Guardia y Orientación —advirtió Roqueta.

—Si es que algún día llegas —dijo el patrullero en tono de burla—. Te recomiendo lances por la borda al azul y regreses por donde viniste.

Mister Enyammar intervino:

—La señorita hizo una pregunta y exige una respuesta. ¿Serán tan amables de responder? —preguntó Mister Enyammar. Al ver que no hubo la más mínima atención por parte de los patrulleros desenfundó su arma y con una sola descarga hizo explotar la patrulla.

Roqueta maldijo entre dientes. Pateó el suelo con los pies y arrojó un escupitajo por la borda.

Después de poco tiempo la barcaza se perdió en el horizonte, pero Roqueta ya había recuperado el rumbo. El sol proporcionaba suficiente orientación, así como las estrellas. Tres semanas después, el silencio de ella terminó cuando observaron a lo lejos el puerto de Lisboa.

Empleó parte de su crédito para comprar algunas chucherías como cien telas al óleo de Claude Monet, Auguste Renoir, Paul Cezanne, Edouard Manet, Van Gogh, Camille Pizarro, Paul Gauguin, así como una película que mostraba la reproducción de los humanos (conocida como película pornográfica) y un cinturón de monstruo de gila. En el momento en que Mister Enyammar puso pie en una tienda de antigüedades, un par de policías automatizados lo tomaron de la espalda y fue apresado. Mister Enyammar no comprendía lo que estaba sucediendo, pero fue Roqueta la que intervino:

—Díganme por qué detienen a mi pasajero.

—Hizo explotar una patrulla aérea. Va contra la ley prender fuego a la autoridad. ¿Tiene abogado?

—No lo sé. Apenas lo conozco. Yo soy la capitana del barco.

—Entonces mantenga la boca cerrada.

—Vaya que eres un montón de sangre sintética —dijo Roqueta—, cables de



colores y voces simuladas. Tu madre es un programa y tu padre un técnico en robótica. —Al ver la intimidante forma en la que se erguían los policías, dijo—: Pero parece que no tengo opción. ¿Dónde puedo sacar un título de abogada en derecho?

—Hay cabinas de enseñanza avalados por la Escuela Superior de Práctica Avanzada —dijo uno de los policías automatizados, mientras subía a Mister Enyammar a una perrera móvil.

—Gracias —dijo Roqueta—. Antes de que finalice el día, ya verán que lo sacaré de ahí.

Pero el día se convirtió en seis meses. La pequeña Roqueta cumplió su promesa: sacó un título de abogada con mención honorífica en la E.S.P.A., pero su ingenuidad no le permitió darse cuenta enseguida que en el abigarrado arte de la abogacía las leyes y artículos constitucionales eran más difíciles de lidiar de lo que creía.

Mister Enyammar pasó diez años en una cárcel de Lisboa. Luego de que Roqueta se convirtiera en toda una abogada hizo lo posible para que el juez declarara su libertad. Lo que más la desconcertó a ella fue que el alienígena proveniente de Kamled-O no daba muestras de desesperación y ansias por salir de ahí.

Cuando el Estado lo liberó celebraron en un restaurante portugués. Roqueta ordenó un *feijoada à transmontana* y recibió una pregunta de Mister Enyammar que no esperaba:

—¿Podemos continuar el viaje?

Roqueta se desmayó.

Recorrieron la península ibérica, y al ver que Mister Enyammar no tenía mucha prisa por llegar a su destino, Roqueta se sumía cada vez más en la desesperación. Acudieron a un hotel en Grande Barcelona. Roqueta pidió a Mister Enyammar que se levantara temprano, a primera hora. Él no entendió a qué se refería ella con eso, y cuando quiso saberlo descubrió que ya estaba dormida.

Se desprendió de su túnica, abrió sus escamas, cerró los ojos y su piel adquirió un tono rosado. Al despertar por la mañana, Roqueta no encontró a Mister Enyammar por ninguna parte. En su lugar, yacía en la alfombra catalana un caparazón rosado.

Roqueta comenzó a gritar consternada; contactó a recepción y al momento arribó un médico general, pero al ver el caparazón descansando sobre la sala no tuvo otra opción más que esperar su pronta recuperación. Roqueta no se dejaba



ganar por la situación y recorrió todas las habitaciones del hotel a fin de hallar a alguien que pudiera hacer salir de su caparazón a su cliente.

Cuando llegó a la cafetería del hotel, había sólo algunos que se disponían a degustar su desayuno. Entre ellos se encontraba un exobiólogo que se preparaba sus waffles belgas y preguntó:

—¿Qué le sucede, señorita?

—Es un alienígena. Sufrió una transformación. Nadie me ha dicho qué hacer para ayudarlo.

—¿Cuál es su aspecto?

—Es de color azul, con muchas escamas y dos antenas en lugar de cejas.

—Dígame dónde está.

Roqueta confió de inmediato en el hombre. Cuando llegaron a la habitación que compartían había un gran número de personas alrededor del caparazón, entre los que se encontraban personal del hotel y huéspedes. Roqueta y el exobiólogo se abrieron paso entre la muchedumbre. Ahora el caparazón se había endurecido por completo y convertido en piedra.

El exobiólogo levantó las manos y exclamó:

—¡No se alarmen! ¡Está todo bajo control! El alienígena sólo está dormido. — Se inclinó ante el caparazón y tocó con manos expertas la superficie. Tomó algunas notas mientras un grave silencio inundaba toda la estancia.

—¿Estará bien? —preguntó Roqueta, hecha un manojito de nervios.

—Creo que sí. Sólo habrá que darle tiempo hasta que despierte.

—¿Y cuándo cree que llegue ese momento?

—De cinco a diez años. No puedo decirlo con exactitud. Los seres de Kamled-O son tan diferentes uno del otro como un alga de una azucena. ¿Me explico?

Diez años. Diez años de mantenerse al lado de ese extraño ser el cual no le había importado en lo más mínimo el hecho de permanecer en la cárcel por un imprudente crimen. Mister Enyammar no parecía perder la paciencia y las fuerzas por llegar al Centro de Mantenimiento Neuronal.

Luego de cinco a diez años, Mister Enyammar despertaría. Hicieron entrar a un hongo inmortal experto en estimular a los seres de Kamled-O. Inyectó 50 kilos de masa orgánica, sobre todo de plantas y árboles color verde dentro de un estanque de animación. El alma de Mister Enyammar se recuperó del todo y con rostro risueño preguntó:

—¿Qué sucedió?



—Despertaste —dijo Roqueta, ya entrada en años—. Y ahora estás gris. ¿Tienes idea de todo el tiempo que he tenido que soportar tus idas y venidas para llegar a Nueva Roma, maldito infeliz.

Mister Enyammar no comprendió una palabra de lo que Roqueta trataba de decir, por lo que su respuesta se limitó a un simple:

—No.

Mister Enyammar no estaba cansado, sino exhausto. Todo parecía ir demasiado deprisa en este planeta. Antes de dirigirse a este punto de la galaxia, se sentía un ser maduro, pero con fortaleza. Ahora se movía con infinita calma; debido a su pobre concepción del tiempo, no tenía idea de que fuera así.

Ya fuese descendiendo por las laderas de las montañas o trepando por las pendientes, ninguno de los dos creía que ésta fuera una tarea sencilla. Enseguida tomaron rumbo hacia el este, más de mil kilómetros. Esa ruta los mantenía desde principio a fin en tierras deshabitadas o inhabitables debido al descenso de la temperatura y sin mucho oxígeno por respirar, al menos para Roqueta. La nieve sobre las colinas era blanda y suelta. Construyeron un trineo hecho a base de madera proveniente de los árboles muertos que el viento y la tardía llegada de la primavera se habían encargado de asesinar. El té otorgaba poca energía, apenas la suficiente para andar, pero los víveres y equipo de expedición comenzaban a mermar, y no había un lugar a kilómetros a la redonda donde ella pudiera bañarse y tomar una sopa caliente.

El frío cortaba la respiración.

—Demente, ya no lo soporto más.

—Nunca ha sido mi intención que quieras seguir camino.

Transcurrió un breve periodo de tiempo, al menos para Mister Enyammar. En realidad no había pasado siquiera un solo instante debido a su sentido del tiempo bloqueado. A pesar de sus alegatos en contra, Roqueta había hallado una cueva seca, justo en el centro de los Alpes. Exploró su nuevo hogar, y quedó satisfecha con lo que encontró. Se trataba de una sucia madriguera, que no tenía nada que ver con las comodidades del barco. Al menos no podía quejarse por falta de invierno.

El silencio que desplegaba el ser, ahora de color gris, consternaba a Roqueta. En realidad parecía una criatura de las profundidades marinas. Sus ojos tenían la frialdad de los de un pez y parecían mirar a través de un medio acuoso que lo rodeara y condujera de modo permanente. Aquellos óculos formaban parte de una forma protoplásmica que se movía con sinuosidad en sus lóbregas cuencas.



—Estoy enfermo —susurró Mister Enyammar desde su rincón. Permaneció tumbado en la estrecha cueva, revolviéndose de un lado para el otro. Tenía el cuerpo en carne viva, contraído, tumefacto, su carne arrastrada por la enfermedad se marchitaba haciéndole sentir dolores agónicos. Se puso boca abajo y sus largas extremidades se escurrían como ríos de sangre. El gris invadía su piel azulina como si se tratara de un severo caso de salpullido.

Roqueta hubo de bajar ella sola y llegar a pie al pueblo más cercano. Ahí encontró a un médico que por casualidad dijo que la enfermedad tenía cura, pero sobre todo había que esperar y tener mucha paciencia. Mister Enyammar apenas respiraba y parpadeaba bajo toda una masa de color gris. Ahora se le dificultaba el hecho de hablar. Sus escamas comenzaban a desprenderse de su marchito cuerpo.

Roqueta esperó un año. Dos, tres, siete, diez, quince...

¡Veinte años!

Ya no le quedaba dinero suficiente para someterse a un tratamiento de juventud. Intentó por todos los medios hacerse con una de las rocas de Mister Enyammar, pero fue inútil debido a que las piedras se encontraban atrapadas en la frondosa piel del ser proveniente del sistema Kamled-O.

La enfermedad de Mister Enyammar comenzó a desaparecer. Según expertos en química corporal, se debía a un encuentro de diferentes temperaturas, tanto en el cuerpo de Mister Enyammar como en el ambiente al que había sido expuesto. Pasado el peligro inmediato, recobró súbitamente el juicio. Las escamas de la deformación metafórica se desprendieron por y cayeron bajo su propio peso.

Cuando por fin recuperó la capacidad para hablar y sus movimientos, dijo:

—Me siento con mejor salud. Continuemos con la marcha.

Roqueta, avejentada y ya entrada en años, lanzó una mirada furiosa.

—Fui a ver mi barca hace más de quince años y me dijeron que un tifón la había hundido. ¿Quieres decirme quién va a pagar por eso o pasarás otros veinte años sin hablar o moverte, demente?

Mister Enyammar, apenado, extendió una roca, la más grande y brillante de todas. Doña Roqueta —como ahora se hacía llamar— la tomó con los ojos encendidos y se preguntó al mismo tiempo si todo esto valía la pena por unas cuantas rocas. Luego de los sintetizadores de elementos, muchos laboratorios químicos y geológicos podían duplicar la masa y número atómico de los elementos de la Tabla Periódica, por lo que el oro fue de los primeros elementos en ser reconstruidos.



En marzo de ese año se sucedieron tres semanas de escaladas variables sin contar con el hecho de que muchos inversores y productores pensaban que el oro estaba muy sobrevalorado. En ese momento comenzó a esparcirse el rumor, con todos los fundamentos, de que el Fondo Mercantil Mundial se estaba reuniendo a diario y en secreto para no despertar recelos. Durante un fin de semana se supo que el Fondo se había reunido incluso los sábados y domingos durante parrilladas y fiestas de quince años, lo que desencadenó una venta masiva el lunes, veinticinco de marzo. Uno de los vendedores fue el miembro más longevo de la familia Jesleciquesumzn, Ramón Crisóforo Jesleciquesumzn, quien, tras una conversación con su destapacaños en la que éste le recomendaba comprar acciones de empresas aeronáuticas y de teletransporte, formuló la frase según la cual, si cualquiera podía invertir en la Bolsa y destapar caños, esto significaba sin duda que el oro estaba sobrevalorado.

El veinticuatro de septiembre, tras varias pequeñas bajadas, se produjo la primera gran caída, llegando a descender la Bolsa un nueve por ciento, pero en aquella ocasión no había un banco que comprara las bolsas o una amalgama de inversores que pusiera freno. El pánico fue tan grande que la policía debió clausurar la bolsa, con todo y peleas y mordidas de oreja. Se llegaban a ofrecer paquetes de acciones a un octavo de su valor sin encontrar comprador. Las golosinas tenían más valor que las acciones.

Muchos millonarios y ricos inversores se lanzaban desde los rascacielos, justo como sus colegas de principio del Siglo XX lo hacían, pero debido a las bolsas de aire fueron incapaces de suicidarse.

El oro era bello a los ojos de cualquier persona que no habitara la Tierra, en una época en la que estaba de moda no tener una moneda en el bolsillo, y escarbar los cubos de basura en busca de una manzana a medio comer era la principal actividad de todo transeúnte.

Doña Roqueta ignoraba este gran acontecimiento debido a que tenía sus propios problemas al esperar con quebrada calma a que Mister Enyammar se curara de su enfermedad. No tenía idea que su roca llena de incrustaciones de oro valía lo mismo que un cigarro de marihuana.

Atravesaron los Alpes Suizos. Al arribar al Reino de Italia-Napoli se hallaron en una zona libre de terroristas. Por fin Mister Enyammar y Doña Roqueta pudieron tomar un avión que los llevaría al Centro de Mantenimiento Neuronal. A pesar de su largo periodo de estancia en la Tierra seguía incapaz de entender los usos y modalidades del tiempo, así como sus diferentes horarios. Para él las cosas no habían cambiado desde su encarcelamiento, su apacible siesta y su estambótica enfermedad en los Alpes Suizos. La gente mostraba la misma expresión de angustia al querer llegar a tiempo, cosa que él no entendía a ciencia cier-



ta. Para estas alturas, era importante hacerse a la idea de que en más de mil años no habían relegado al olvido a su estimable hermano.

Al arribar a Nueva Roma, Mister Enyammar fue lo bastante pertinente para que le hicieran saber dónde se encontraba ubicado el Centro de Mantenimiento Neuronal.

Arribó a la ventanilla de información y dijo:

—Deseo ver a mi hermano.

La encargada, con un abominable acento italiano, preguntó:

—¿Nombre del residente?

—Elix Enyammar III.

Luego de ver la pantalla fosforescente, la encargada hizo un chiflido, miró por encima de sus anteojos y dijo:

—Me temo que no está aquí. Además, por su aspecto diría que se encuentra en la otra recepción, aquella en la que permiten la entrada a residentes alienígenas. Tal vez ahí obtenga más informes.

Mister Enyammar se dirigió a la siguiente recepción, alzó su túnica por encima de sus hombros y dijo:

—Busco a mi hermano. Su nombre es Elix Enyammar III.

Una medusa de agua dentro de una pecera atendió la ventanilla. Revisó con gran habilidad un expediente que desfilaba en un holograma y dijo a través del audio modulado:

—Sí, aquí se encuentra internado.

—Exijo verlo.

La medusa levitó dentro de su pecera y dijo:

—Primero tiene que agendar una cita. Después puede realizar su visita.

Mister Enyammar asintió. Comenzaba a tener cierta molestia; le habían informado de la burocracia terrestre, pero nunca pensó vivirla en carne propia.

La fila de personas para sacar una visita era interminable: se trataba de una serpiente quejumbrosa y decadente la cual se enroscaba alrededor del Coliseo de Roma en tres vueltas.

Cuando Doña Roqueta lo supo, sabía que de un momento a otro se volvería loca. Pero no fue así: su corazón no pudo soportarlo más y tuvo un paro cardíaco. Doña Roqueta murió al instante.



Mister Enyammar lamentó la pérdida de su acompañante, pero ya no tendría problemas con otra persona a quien incomodar. Ahora estaba solo, solo se quedaría a aguardar su turno.

Vivió muchas temporadas dentro de las instalaciones del Centro. Cuando la fila comenzaba a avanzar, el cuerpo de Mister Enyammar ya se adaptaba al clima de la Tierra. A pesar de la lluvia, el granizo y los constantes insultos por parte de los xenofóbicos habitantes, Mister Enyammar restó importancia.

Dio tres vueltas al Coliseo de Roma, una por cada año.

Volvió a la misma ventanilla; otra medusa de tonalidad grisácea lo atendió.

—Quisiera ver a mi hermano. Elix Enyammar III.

—Enyammar —murmuró la medusa de la ventanilla al ver el holograma—. Aquí está. Pabellón C, sala 15. Tenemos disponible un tiempo el día veinte de julio de este año. Aquí tiene su pase.

—Muchas gracias. —Mister Enyammar se dirigió al Pabellón, pero dos custodios le impidieron su entrada.

—¿Tiene pase? —preguntó uno de ellos.

—Por supuesto —dijo con extrañeza Mister Enyammar. Extendió el pase y lo mostró a la vista de los custodios. Uno de ellos soltó una risotada.

—Oiga, ¿qué no sabe leer? Aquí dice que su tiene que acudir a su cita el veinte de julio.

—Disculpe mi ignorancia, señor. ¿Quién es «el veinte de julio»? Aún no tengo el gusto de conocerlo.

—No es «quién», si no «cuándo». Se trata de una fecha. Aún no es tiempo para su visita.

—Pero, ¿qué es eso que llaman «tiempo»? —preguntó Mister Enyammar, sin embargo nadie pudo responder una pregunta existencial como ésa. Entonces vio cómo el Pabellón C se alejaba de él, así como su hermano. Y lo peor de todo es que no pudo conocer quién o qué era «el 20 de julio».

La medusa cambió de color ante el visitante.

—Venga el veinte de julio —repitió.

—¿Por qué él y yo no? ¿Qué derechos tiene de venir aquí y ver a mi hermano?

—Señor, venga el veinte de julio. Por favor, no me haga perder mi tiempo.

—Entonces cuide bien sus cosas —repuso Mister Enyammar—. No sea descuidada.



Se retiró. No entendía muy bien las extrañas proporciones de los humanos. Eso del tiempo era algo que sólo los locos pueden ajustar de la manera más bizarra posible. ¿Es que no existían los amaneceres y atardeceres para saber cuán avanzado era el día? ¿Es que no sabían del canto de Ponporadia y del Buscón por la noche? ¿Y la lluvia de medio lapso? Aquí parecía no existir. Era casi tan importante la precisión que ellos intentaban por todos las formas manejarlo a la fuerza, pero no Mister Enyammarr.

Odiaba los lunes, los veinte de julio y todas aquellas abstracciones que había inventado el ser humano para sobrellevar su patética vida. Siempre había espacio para ejecutar la vida, pero nadie parecía entenderlo, excepto él. E incluso así, debía orientarse a sus tontos juegos. Lo que más le fascinaba e intrigaba era el uso de un extraño dispositivo injerto por debajo de la piel de los humanos, cuyos símbolos inteligibles indicaban un momento preciso e importante. Algunos pocos llevaban enchufados unos pequeños aparatos en la muñeca. En un extraño establecimiento mostraban sus aparatos, posiblemente para su venta. Alguien ahí dentro sería capaz de informarle acerca del tiempo.

Entró y se plantó enfrente del aparador. El encargado era un hombrecillo con un traje azul que le quedaba bastante holgado y sin ojos. En su lugar giraban dos acacias, las cuales indicaban los segundos, los minutos y las horas ajenas a Mister Enyammarr.

Con ciertas reservas, el ser proveniente del sistema Kamled-O dijo:

—Quisiera ver a mi hermano, pero estas extrañas criaturas de este planeta hostil me lo impiden. Hablan de un tal «veinte de julio». No tengo idea de quién sea ese señor.

—Significa que debe llegar el señor veinte de julio —contestó el relojero con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Pero qué tiene que ver el señor veinte de julio con mi hermano?

—El tiempo es un espectro que nos hace mantener cierta disciplina hacia nuestras actividades —dijo el relojero loco—. Usted no puede mantenerse al margen de él; de lo contrario le acarreará problemas. Debe ajustarse. Y cuando lo haga tendrá cambios con respecto a su ritmo y velocidad.

—Debo ajustarme o nunca tendré la oportunidad de ver a mi hermano.

—De acuerdo. —El relojero loco giró y tomó algo del estante más cercano—. Este es un calendario. Cada recuadro corresponde a un día. ¿Sabe lo que es un día?

Mister Enyammarr escuchaba con atención cada palabra del relojero, a medida que entendía lo que significaba un segundo, un minuto, una hora, hasta comple-



tar todos los periodos del tiempo, llegó a él una espesa ola que nunca antes había sentido.

—¡Por tubas! ¡Algo sucede conmigo! De repente se hizo de noche... Siento que he hablado con usted más de la cuenta. Y eso me angustia.

—¡Perfecto! —exclamó el relojero loco. Las cuentas de sus canicas dieron vueltas con excitación—. Eso se debe a que usted conoce ya el significado y las implicaciones del tiempo.

Mister Enyammar hizo un recuento de su estancia aquí en la Tierra y exclamó:

—He permanecido mucho tiempo aquí varado y me pregunto si ha valido la pena tanta espera.

—Señor, no se obsesione con eso. Puede perder más que su tiempo.

Pero Mister Enyammar ya no pudo objetar más. El tiempo ahora era parte de él y él parte del tiempo. Compró un calendario automático, se hizo instalar un numerador temporal en el brazo izquierdo, alquiló una buhardilla en un edificio por demás ruinoso, y esperó con ansiedad e inquietud a que llegara el día indicado.

En siete meses, Mister Enyammar comenzó a envejecer aceleradamente. Ahora tenía el aspecto de un ser longevo el cual rayaba los cinco mil años. En cuanto lo supieron los jueces encargados del Premio Guinness, oficiales arribaron a las puertas de su morada para dar constancia de tan increíble logro. Fue premiado con una medalla de oro (ya sin valor alguno, por supuesto) y 100 mil coronas. Sin embargo, restó importancia a este hecho: dentro de su ofuscada y compleja personalidad deseaba que ya fuera veinte de julio. ¿Por qué no podía dormir y despertar justo en ese punto del tiempo?

La piel de Mister Enyammar lucía agrietada y seca; soltaba un polvillo por todas partes el cual representaba sus escamas grisáceas. Para él, siete meses se convirtieron en toda una vida, todo un porvenir.

Toda una eternidad.

Los soles y las lunas recorrieron el cenit con una lentitud que parecía imperceptible. No hubo nada que lo distrajera a Mister Enyammar de ese terror, puesto que no gustaba de los placeres del dinero, el sexo, la comida y el poder.

Entonces llegó el día tan esperado. Un culminado cuerpo se arrastraba por el pasillo del Centro de Mantenimiento Neuronal, tan lentamente que la gente que pasaba a su lado no podía suprimir sus risas de total mofa. Entregó a los custodios su pase y lo condujeron por los pasillos infinitos hasta llegar a un cubículo.



En segundos, un asistente le entregó un termo donde se había depositado la mente pura y todavía perdurable de su hermano Elix.

—¿Hermano Wonyne? —preguntó una voz con timbre electrónico—. ¿A qué debo tu presencia?

—Quise verte, hermano Elix. ¿Por qué ya no regresaste?

—Una gran magnitud de duración ha caído sobre ti, hermano Wonyne. La verdad es que ha pasado mucho *tiempo*.

—¿Tú también conoces acerca del tiempo?

—Desde luego —contestó muy animado Elix Enyammar—. De no ser así no estaría descansando en este lugar.

—Explicate, hermano Elix.

Las luces del termo parpadearon y dijo:

—Deseé pasar mis vacaciones en este abstracto planeta y quise visitar los lugares emblemáticos de la humanidad antes de que fueran demolidos. Un ferry me llevaría de la isla de Chipre hasta Egipto, pero al desconocer el tiempo transcurrido entre dos eventos que suceden respecto de un observador, siempre llegaba tarde. Me dije que sería la última vez que me sucedería, por lo que pedí asesoramiento en una tienda de relojes aquí en Nueva Roma. Cuando me hicieron saber el horrible panorama del tiempo, me preocupé más por llegar a buena hora a mis destinos, de tal suerte que me fui desgastando por completo en una milésima parte de mi vida entera. Existí a expensas del tiempo, y en mi lecho de muerte supe de este lugar en el cual no tenemos que preocuparnos por algo tan insignificante como el paso del tiempo. El flujo sucesivo de microsucesos se anula dentro de este lugar, hermano Wonyne. Los humanos lo han vencido, aun teniendo conocimiento de él. Tenemos tiempo para todo, incluso para ver por siempre las maravillas del hombre.

Y cuando no hubo más que decir por parte de de su hermano Elix, el cuerpo de Mister Enyammar comenzó a evaporarse y a ascender al techo donde cada unas de sus macilentas células serian recogidas.

En una de las tantas salas del Centro de Mantenimiento Neuronal comenzaron a arribar nuevos termos. Uno de ellos tenía rotulado el nombre de Doña Roqueta. Fue depositada justo en frente de dos termos rotulados con los nombres de W. Enyammar y E. Enyammar.

Al momento de ser conectados en serie, el termo recién llegado supo que podía entrar en comunicación con todos y cada uno de los termos en esa sala. Un



número infinito de sensaciones e ideas la invadieron, y de todos y cada uno de ellos aprendió algo que la enriquecería.

Reconoció en el acto la esencia de Mister Enyammar. Sin dudarlo, se aclaró la voz y dijo:

—Mister Enyammar, no tiene idea del tiempo que me hizo perder.

Roqueta fue consciente de que su observación ya no tenía el menor sentido.

—¿Tiene consigo sus preciosas rocas? —quiso saber.

De nuevo supo que esa observación tampoco tenía aplicación alguna. No había otra cosa por hacer excepto reír.

Y sin desearlo contagió al resto de los termos.

© *Mauricio del Castillo*

MAURICIO DEL CASTILLO (Ciudad de México, 1979) es licenciado en la carrera de comunicación por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pasa su tiempo libre dedicado a la lectura y a la imaginación. Entre sus escritores favoritos están H. G. Wells, Stanley G. Weinbaum y Robert A. Heinlein. Ha colaborado para las páginas NGC 3660, Sitio de Ciencia Ficción, Otro Cielo, Revista Axxón, BEM on Line, Sci-Fdi, Revista NM y Cosmocápsula. En 2012 publicó su primera colección de cuentos *La variable multimillonaria y otros relatos*, publicados bajo el sello de Ediciones Endora.



ENTRE PROCLAMAS DE GUERRA

por Cat Rambo

Traducción: José Ángel Menéndez Lucas

La presente es una narración en la que el dolor y el placer, la ira y el servilismo se conjugan en el seno de un mundo en guerra donde hasta la supervivencia tiene sus propios límites. Esta es la historia de un ser que encontró en la lealtad y la valentía el camino hacia el desprecio y la ignominia.

Cada pocos ciclo-días, Ello recibe un lazo impregnado en odio dentro de un paquete anónimo. Ello abre el sobre de plástico blando y saca uno, sosteniendo el delicado trozo entre dos de sus miembros anteriores. Lo contempla antes de doblarlo para guardarlo en un cajón. Hasta el momento ha llenado cuatro cajones; el quinto está a medias.

«Traidor» dicen algunos olores a fruta podrida y ácido. «Delator. Cambiachquetas. Te comes a tus crías.» Otros simplemente están empapados con emociones: odio e ira, sobre una base perfumada de miedo. Ello deja que los pensamientos, los olores, los sabores, le embriaguen, dando rienda suelta a sus propios pensamientos. Después Ello baja a la planta inferior y se sienta entre el resto de prostitutas, que le hacen hueco con inquietud.



© Olga Appiani

Ello es una anomalía en esta Casa. La mayoría de los empleados son humanoides que prestan servicios a otros como ellos. Ello está aquí para aquellos que buscan lo exótico, los que quieren ser acariciados por doce miembros segmentados que apenas ocupan lo mismo que sus dos manos juntas. Quieren sentir la quitina presionando sus pieles blandas, observar la miríada de ojos

multicolores y sentir miedo. Para algunos, Ello sólo tiene que estar presente mientras se tocan para llevarles hasta las convulsiones de sus orgasmos de mamíferos.

Otros necesitan de contacto físico, o que les susurre las obscenidades que



quieren escuchar. Ello ha aprendido toda esa jerga.

Ello no ha visto nunca ningún otro de mi raza en este puerto. Si lo hiciera, sabría que este lugar, tan lejano del distante frente y sus combatientes, había sido invadido por una u otra facción, que pronto llegarían las bombas, los incendios, las matanzas.

Ello fue criado como soldado. Ello y sus compañeros de camada fueron incubados hasta el momento en que desarrollaron mentes, y entonces los entrenaron. Ello pertenecía a una camada pequeña, de seis, pero valiosa por su velocidad y agilidad. Aprendieron el arte de asesinar con cerbatanas, y una vez que alcanzaron la maestría en ese arte, les entregaron diferentes tipos de agujas: fragmentarias que explotaban, las que expelían ácido, o las que pitaban de tal forma que los oídos de las blandas criaturas carnosas que se hacían llamar Espen, sus enemigos, explotaban.

Les suministraron cientos de Espen para entrenarse. Se les permitía escoger a los que prefirieran. Algunos llevaban a cabo juegos prohibidos. Le decían a la presa que le liberarían si mataban a uno de los cazadores o si se mataban entre ellos, porque eso hacía que peleasen con más ímpetu. Una vez que morían, los compañeros de camada tenían permiso para beberse los fluidos del cuerpo. A Ello le gustaba el sabor del líquido cefalorraquídeo: plasma salado salpimentado con pánico y complejas enzimas que identificaban de dónde era. Ello se convirtió en un experto; podía determinar en cual de sus tres continentes había sido engendrado. Ninguno de sus hermanos podía hacer lo mismo.

Los nombres que las criaturas le daban a sus compañeros de camada variaban en función de varios factores: la posición social que ostentaba, el lugar que ocupaba, el grado de estima en que se le tenía aquel día. Ellos, para hacerlo más sencillo, se llamaban del Uno al Cinco, y reservaban el nombre de Seis para Ello. Uno era ingenuo pero directo y nunca mentía, en contraste con Dos, quien adoraba hablar y contar historias. Tres estaba celoso de todo el mundo; siempre que los demás estaban conversando, interrumpía. Cuatro era bondadoso y tuvieron que obligarle a matar la primera vez. Aún así, seguía vacilando y a menudo alguno de los otros debía rematar a la víctima. Cinco y Seis eran idénticos según los demás pero ellos se veían como completamente diferentes.

En aquella edad temprana vivían todos juntos. Acicalaban los pelillos sensoriales que rodeaban los tórax de los demás y se acariciaban los pulidos caparazones de quitina. No importaba si lo se tocaban a sí mismos o a los otros. Se cantaban unos a otros sinfonías de caricias, intercambiando pensamientos para ver cómo se desarrollaban en las mentes de los demás.

No eran una mente colmena en realidad. Dependían los unos de los otros, y



uno aislado moriría en menos de un año al faltarle la estimulación olorosa de los demás, el sabor de los pensamientos que incitaba los suyos propios. Pero poseían sus propias mentes; Ello actuaba siempre según su criterio y ninguna otra mente guiaba sus actos. Ello insistió en ese punto hasta el final frente al Interrogador.

Eran como cualquier camada; reñían cuando tenían opiniones diferentes, pero cuando se entrometían otros, reaccionaban como un único organismo, preparados para defender la camada contra los extraños. A la hora de dormir, tejían una red común y se arracimaban en sus confines sedosos que recordaban una tienda de campaña, acurrucándose unos contra otros, entrecruzando sus miembros y sintiendo los espasmos de los sueños de los demás. Cinco y Seis eran los que más tenían en común y por eso reñían más a menudo. Todo lo que Seis odiaba de sí mismo, el hecho de que no siempre era el que primero reaccionaba y a menudo pensaba demasiado, lo veía en Cinco y lo mismo sucedía al revés. Pero no se peleaban por el rango como sucede con las camadas que pueden dar lugar a una reina o un sacerdote. Ellos sabían que eran soldados corrientes, criados para defender los pasillos de roca gris en los que habían nacido. Y más allá, criados para ir a la guerra.

Hay un jardín en el centro de esta casa llamado La Tacita del Alma. Pequeño, pero verde y húmedo. Aquí todo es diversión y placer, para mantener a los empleados contentos, para que se sientan bien. Este espaciopuerto es grande y hay varias Casas de este tipo pero ésta, asegura el gerente, es la mejor. La más variada. *Satisfacemos cualquier necesidad*, dice, mostrando sus dientes al sonreír, o *morimos en el intento*.

Nuestras habitaciones son mayores que las de cualquier otro establecimiento espacial y están decoradas a gusto de cada uno. La celda de Ello es diáfana pero ha cubierto las paredes con marcas olorosas. Las ha llenado con su historia, la historia de cómo llegó aquí, que nadie en la Casa puede leer salvo Ello. Ello se sienta en mi habitación y sueña con el sabor de fluidos calientes, con la forma en que, cuando eran criaturas en adiestramiento, se esforzaban como hamsters atrapados en un rodador.

Uno de los visitantes finge que Ello soy algo más. *Dime que estás depositando huevos en mi carne*, dice, y Ello trepa por su cuerpo y lo dice, pero no es una reina y su especie no deposita huevos en seres vivos. Ello pellizca la piel con dos pinzas y la rasga, muy poco, para que sienta el dolor y crea que ha metido un huevo. Él cae de espaldas sin moverse y con los ojos cerrados. *Mi progenie eclosionará dentro de ti*, dice Ello con voz amenazante. *Sí*, dice él, *sí*. El placer le recorre como la floración en un jardín, espoleada por los insectos voladores que lo polinizan

La guerra lo era todo, cada minuto de cada día. Los pasillos estaban pintados



con aromas de territorialidad, los sacerdotes predicaban ira y defensa y el sonido de sus voces hacían temblar a la camada hasta el tuétano. Les hablaron de los intrusos, saqueadores, ladrones de camadas, que destruirían la especie sin pensarlo, que los odiaban simplemente por lo que eran. Se reunían en las cavernas, las enormes cuevas que se extendían como pulmones bajo los cuerpos de sus ciudades y las conectaban para transmitir la locura.

Ellos eran más pequeños que el Enemigo, los de carne blanda. Con los miembros replegados tenían el tamaño de una cabeza del Enemigo, como mucho, y los Espen llevaban a diario paquetes, bolsas, de ese tamaño. Así que enviaban naves cargadas con aquellos dispuestos a dar sus vidas por la Especie, dispuestos a arrastrarse a través de los túneles de sus apestosas cloacas o a esconderse entre los asientos de sus transportes, con la sangre sustituida por químicos que los consumirían, y al Enemigo, en llamas eternas, llamas que no podrían ser extinguidas sino que ardían hasta que encontraban más llamas. Veían filmaciones en las que ardían sus ciudades, sus hogares, sus jóvenes, y se regocijaban.

Les pusieron a Uno, Tres y Seis corazas con metralla de plata y los convirtieron en bombas que se activaban con un pensamiento cuando estuviesen listos. Volaron de noche, en uno de los aviones biológicos sin rastro de metal o combustible, para evitar ser detectados, y se adentraron en la ciudad. Los lanzaron en el centro y se camuflaron en la oscuridad, separándose y propagándose como una enfermedad.

Seis encontró una cafetería llena de Enemigos que bebían espumeantes brebajes amargos como el veneno. No tenían ni idea de que Ello estaba tan cerca. Los pequeños corrían en torno a las mesas y los adultos los acariciaban, consentidores. No se parecían a las crías que Seis conocía, y cada una era de un color diferente. En las paredes había imágenes que no trataban de la guerra: mostraban nubes, sol, y pájaros volando. Ello podía oler el líquido de sus cuerpos y supo que estaba en el tercer continente. Recordaba bien el sabor.

Un niño vio a Seis en su escondrijo, en una viga del techo, y gritó. Algo se apoderó de sus miembros y Ello no pudo moverse. La zona se vació y Ello vio como la cifra de muertos descendía a medida que el radio de la explosión se despejaba, sin saber muy bien lo que hacer. Los soldados enemigos dispararon sobre Ello un rayo cristalino, un rayo que hizo que el mundo desapareciese.

Cuando despertó le habían retirado la coraza y ya no podía destruir a nadie, ni siquiera a sí mismo. Incluso le habían quitado la pequeña bomba que habría hecho añicos su cuerpo, dándole una salida; él único rastro era un cavidad supurante en el lugar que había ocupado tanto tiempo dentro de su cuerpo.

Los Espen hablaron con Ello. Dijeron que eran sus amigos, dijeron que eran



sus enemigos. Dijeron que le dejarían irse, que lo matarían. Le cortaron dos extremidades pero se detuvieron al ver que no conseguían hacerle daño. Lo quemaron con fuego y ácido y se rieron mientras gemía de dolor. Se burlaron de Ello. Dijeron que estaría solo para siempre, que su especie había sido aniquilada. Dijeron que lo matarían también si Ello no hablaba, si no les decía lo que querían saber, aunque Ello no supiese nada y no tuviese la menor idea de lo que los sacerdotes de su hogar harían a continuación.

Y cuando ya no podía ni balbucear, lo intercambiaron. Recuperaron a tres de los suyos a cambio. Y cuando Ello estuvo de nuevo entre los suyos, los interrogatorios comenzaron de nuevo, aunque en esta ocasión se trataba de los sacerdotes. El Interrogador era una criatura enorme con la quitina oscura; por lo que dijeron sus asistentes dedujo que los compañeros de camada del Interrogador habían muerto todos en la guerra.

El primer día acudió para hacer preguntas: ¿Qué le había dicho Ello a los Espen? ¿Qué había revelado Ello sobre su propio ejército y armamento? ¿Por qué habían dejado que Ello siguiese vivo?

¿Porque, de hecho? Ello no lo sabía y así lo dijo. El Interrogador observó su cuerpo mutilado, los muñones de sus miembros, la carne viva en los lugares en que le habían arrancado pedazos de caparazón para quemar sus partes blandas internas y se fue sin hacer más preguntas aquella noche, escoltado por sus dos asistentes.

Al día siguiente volvió a presentarse y a hacer las mismas preguntas. ¿Qué había dicho Seis? ¿Qué había revelado? ¿Por qué estaba vivo? Seis dijo que no lo sabía y el Interrogador se acercó a donde Ello se acurrucaba para curarse de sus heridas. Extendió un miembro y lo posó suavemente en una herida. El contacto fue como arder de nuevo.

No lo sé, dijo Seis. Tortúreme si quiere, como hicieron ellos, y le diré lo mismo que a ellos: nada.

Aumentó la presión que ejercía, adentrándose en la herida, oliendo los aromas que expelía Ello al anegarse de dolor. Finalmente se apartó y abandonó la sala.

Repitió el proceso cada pocas horas. En la tenue luz de la celda, mientras los ciclos se sucedían y volvía una y otra vez, los miembros amputados de Ello empezaron a regenerarse y los puntos en que habían arrancado pedazos de su caparazón se curaron y se endurecieron, salvo por la herida que había escogido para torturarlo, que estaba ulcerada e inflamada y no curaba.

Mucho después de que los miembros regenerados de Seis recuperasen la flexibilidad que una vez tuvieron sus predecesores, permitieron a Cinco ir a verle.



Se mantuvo bien apartado, flanqueado por guardias, de forma que Seis no pudiese tocarlo desde donde yacía encadenado, sin importar cuando tratase de arriarse a su compañero de camada.

Le hizo las mismas preguntas que el Interrogador. ¿Por qué seguía vivo Seis? Uno y Tres habían cumplido con sus misiones, dijo, y cuatro había muerto en una operación similar. Sólo quedaban Dos y Cinco. Pero ahora eran sospechosos, compañeros de camada de un renegado y no se podía confiar más en ellos como soldados. Habían encontrado trabajo como limpiadores y sobrevivían comiendo las gachas con que alimentaban a los zánganos, apenas suficiente para mantener vivos sus cuerpos especializados. Los ojos de Cinco se veían apagados y sus delicadas garras estaban deterioradas por el trabajo duro. No creía que Dos pudiese sobrevivir mucho más.

¿Qué puedo hacer? Preguntó Seis. Se sentía morir en sus adentros por la falta de contacto. El Interrogador permanecía a un lado, viendo la interacción, olfateando las sustancias químicas que liberaban al aire mientras hablaban.

Somos sospechosos porque nadie sabe lo que has hecho, dijo Cinco. *Cuéntales lo que hiciste y que nosotros no estuvimos implicados.*

No entiendo, dijo Seis. Estaba espeso en aquel tiempo. Su mente le hablaba a Ello, pero a nadie más, y se había vuelto solitario y había perdido la costumbre de razonar. *No he hecho nada,* dijo Seis.

Entonces Dos y yo trabajaremos hasta que muramos, dijo Cinco.

Seis pudo percibir la idea, luchando contra sus pensamientos, tratando de moldearlos. *Entiendo,* dijo finalmente. Y Cinco se marchó sin decir nada más.

Así que una hora después Seis confesó al Interrogador que le había hablado a los Espen de sus tácticas, de las cuevas llenas de prisioneros para entrenar, de los planes que conocía. Dijo que sus compañeros de camada no sabían nada. El Interrogador contempló la confesión sin moverse. Seis no podía saber si se había creído la mentira, pero tras aquello no volvió a aparecer.

Pocos días después metieron a Seis en una jaula que colgaron bien alta; los ejércitos desfilaron para verlo. Vio a Dos y Cinco, reincorporados, pero ellos no le devolvieron la mirada con sus ojos facetados y brillantes. Ello los contempló, tocándolos con la mirada, esperando que les fuese bien, que lo recordasen.

Ello pensó que los sacerdotes le matarían después de eso, pero lo enviaron de vuelta a los Espen con el mensaje: *aquí tenéis a vuestro espía.* Y ellos lo enviaron a otro planeta, y después a otro, hasta que finalmente alguien abrió la puerta de la jaula y dijo, se acabó lo que se daba, estás por tu cuenta.



Ello sobrevivió como pudo durante un tiempo, realizando trabajos a gran altitud o tareas delicadas que los torpes dedos no podían llevar a cabo. Pero hay muchos contratistas de ese tipo en una estación espacial como esta, TwiceFar, y la gente contrata a los de su propia especie. Ello no se dio cuenta de que ser único podía resultar valioso hasta que conoció al gerente de este lugar.



El Universo es enorme, y la guerra entre su gente y los de carne blanda queda muy lejos ahora. Pero la especie de Seis recuerda a su miembro perdido, el que creen que los vendió a todos para seguir vivo. Su imagen cuelga en los pasillos entre proclamas de guerra, decorada con marañas de olores fétidos.

Sin el contacto de sus compañeros de camada, Ello siente que su inteligencia se desvanece, pero cada tanto el velo se descorre por un momento y recuerda quien es, quien fue. Y entonces Ello baja a la planta inferior y busca un cliente que desee que le de placer, o que lo torture, o que torture él, o que le pagará para que diga lo que quiere oír, y así gana lo suficiente para seguir vivo otro día.

Ello tiene en mi habitación seis cajones que contienen las emociones que lo mantienen vivo; los pensamientos de aquellos que lo querrían ver muerto. Ello tiene seis cajones. Y pronto estarán todos llenos.

© Cat Rambo

© Traducción: José Ángel Menéndez Lucas

CAT RAMBO vive, escribe y enseña junto a un lago encantado en el Pacífico Noroeste. Sus más de doscientas obras de ficción incluyen historias para la revista *Asimov*, el *Clarkesworld Magazine* y *Tor.com*. Su relato corto *Five Ways to Fall in Love on Planet Porcelain*, perteneciente a su antología *Near + Far* (Hydra House Books), estuvo nominada al *Premio Nebula 2012*. Como editora de *Fantasy Magazine* obtuvo una nominación en 2012 en los *World Fantasy Award*. En <http://www.kittywumpus.net> puede encontrarse más información sobre ella, así como enlaces a sus obras y a su popular curso de escritura online.



TEMPUS FUGIT

por Patricia Reimóndez Prieto

De la mano de Rocío, una experimentada saltadora profesional, Patricia Reimóndez nos presenta en su *Tempus Fugit* una historia de viajes en el tiempo que nos permite atisbar dónde pueden acabar los caminos que en estos mismos momentos estamos empezando a recorrer.

La nostalgia siempre ha sido un negocio rentable, sobre todo si viene acompañada de una moral flexible. Rocío lo sabía bien, es lo que le había dado de comer durante más de dos décadas.

—Iniciando comprobación... —dijo su jovencísimo supervisor mientras tecleaba frenéticamente en el teclado holográfico—. FERIA del libro antiguo... Fecha exacta, 25 de abril de 2001. Perfecto. Repasemos las...

—No entablar ningún tipo de contacto más allá de lo estrictamente necesario. Ceñirse exclusivamente a la adquisición de la mercancía. Una vez conseguida, volver inmediatamente al punto de encuentro y esperar la recogida.

—Nos encontraremos aquí en exactamente dos horas y cuarenta y cinco minutos.

Rocío mostró el antebrazo izquierdo y su supervisor lo recorrió superficialmente con el Z.Y.G.G.Y. Al instante aparecieron seis dígitos que empezaron a disminuir segundo a segundo.

—Si me permite decírselo, ha sido todo un honor trabajar con usted. Es una leyenda, no creo que nadie consiga superar su número de saltos y, menos aún, mantenerse en activo a su edad.

—Gracias, aunque me acabes de llamar vieja sutilmente.

—Oh, no, no... Yo no pretendía... Discúlpeme si...

—Relájate, tienes razón, estoy vieja. Debería retirarme. El año que viene tal vez...

—Yo... La verdad... No creo que usted...

—Sigues sin relajarte.

—Discúlpeme...

—Te veo en dos horas y cuarenta y tres minutos —dijo mirando su antebrazo—, porque ya me has hecho perder dos.

—Le ruego me perdone.

Qué poco sentido del humor tenía la juventud del 2049, pensaba mientras



salía del estrecho callejón y se dirigía hacia el gentío que caminaba de caseta en caseta a unos cien metros.

Retirarse... ¿tan rápido habían pasado todos esos años? Sonrió; no dejaba de resultar irónico en alguien que se dedicaba a burlar el tiempo. Decidió que disfrutaría de ese día, que saborearía cada segundo. Aquí todo era tan distinto...

Para empezar el sol no parecía un millón de abejas agujoneando tu piel, calentaba dulcemente, como una suave caricia. El aire era aire, no oxígeno sintético. Y la comida... Bueno, mejor sería no pensar en ello. Se compraría un pastel si no hiciese más insoportable volver a los componentes alimenticios. Si pudiese quedarse, sería su retiro merecido y soñado.

—Hola, estaba buscando una edición bilingüe de las poesías de Rosalía de Castro —le dijo a uno de los librereros del primer stand.

—Sí, creo que tengo uno por aquí... Sí, eso es... Tenga.

—¿Cuánto es?

—Nueve cincuenta.

Uno menos, quedaban tres en la lista. Decidió sentarse un rato, aquel banco era perfecto, podría contemplar a la gente disfrutar despreocupada de una magnífica tarde de primavera.

Al principio no estaba permitido llevarse nada del pasado, bastaba con escanear todos aquellos libros perdidos tras la gran destrucción cultural. Pero, para aquellos que tenían poder y eran caprichosos, no les bastaba una copia digital, querían un original que pudiesen tocar, oler y, por encima de todo, lucir presuntuosos. Se escudaron en una teoría simple que acabaron convirtiendo en ley reguladora. El pasado no se puede cambiar, porque si así fuera nuestro presente no existiría y, al no existir, no habríamos podido alterar el pasado, con lo cual seguiría siendo el mismo y, en consecuencia, nuestro presente también. Algo que obviaba deliberadamente los pequeños cambios producidos en acontecimientos y personas poco significativas para el devenir general. Pero, ¿cómo demostrarlo si sólo quien es el origen de una paradoja temporal es consciente de ella?

Le llamó la atención una niña, de unos seis años, que le pedía insistentemente a su madre que le comprase un libro. Su madre le dijo que no, más ocupada en ir tras su hermano pequeño. La niña se quedó quieta, frente a la caseta, mirando triste el objeto de su deseo.

—¿Te gusta? —le dijo a la niña que la miró sorprendida—. Yo te lo regalo con una condición. No pongas esa cara, esto es un tesoro y no lo puede tener cualquiera.



Se puso a su altura, los ojos de la niña estaba abiertos de par en par, fijos en el libro que sostenía en las manos.

—Debes cuidarlo y protegerlo, y nunca, nunca perderlo. ¿Lo has entendido? Es muy importante.

La niña dijo que sí con un efusivo movimiento de cabeza.

—Prométeme que siempre lo llevarás contigo.

—Lo prometo.

Le entregó el libro y la niña salió corriendo en dirección a su madre, mostrando orgullosa su botín. ¿Cómo podía estar segura de que aquel libro no acabaría de cualquier manera y a saber donde? Muy simple, porque lo había prometido, y ella siempre cumplía sus promesas.

© Patricia Reimóndez Prieto

PATRICIA REIMÓNDEZ PRIETO (Ponferrada, 1978) estudió postproducción audiovisual en la desaparecida Escuela de Cinematografía y Artes Visuales de Ponferrada (León, España). Ha trabajado en varios cortometrajes, vídeos promocionales y documentales. Siempre bromeó con el hecho de que en el fondo era una guionista frustrada, aunque más bien sentía que era una cuenta cuentos aletargada. Y como todo letargo tiene un final, decidió que ya era hora de dejar salir a la soñadora que llevaba dentro a través de su blog: deprincesasymeigas.com. Alfa Eridiani le ha dado la oportunidad de publicar, por primera vez, uno de sus relatos.



NOVELAS

OXÍGENO Y AROMASIA CAPÍTULO XX: LA NUEVA ESCUELA

por Claës Lundin

Traducción: Adriana Alarco de Zadra.

En el capítulo anterior, Oxígeno y Aromasia coinciden en una reunión de la Tía Vera. En dicha reunión vuelven a surgir las tensiones entre los protagonistas y Giro, el director del banco, anuncia que su hijo irá a la escuela de Cerebros. En el presente capítulo, veremos en qué consisten las técnicas educativas que Claës Lundin diseñó para nuestro futuro.

—**S**u hijo me parece que es demasiado grande para entrar en la escuela —observó la rectora Cerebrarius. Giro, el director del banco, había ido a Södertälje a inscribir a su hijo en la nueva escuela para cerebros.

—Acaba de cumplir cinco años —objetó Giro.

—Estrictamente hablando, es dos años mayor que los otros —explicó la rectora—, pero este semestre podemos aceptar niños con un límite de edad algo mayor. Desde el próximo semestre estará prohibido. Luego se implementará la nueva ley de instrucción que requiere cultivar el cerebro desde una edad no mayor de los tres años. Esta reglamentación se deberá obedecer muy estrictamente.

—¿También los cerebros de las niñas serán educados desde esa temprana edad?

—¡Por supuesto! No vivimos en la época antigua cuando se suponía que una niña no debía tener la misma educación intensiva que un niño. Para estar bien educado, el cerebro debe ser lo más joven posible, sea masculino o femenino.

—¿Hay algún pago que hacer? —preguntó Giro.

—¿Pago? Qué pregunta extraña —exclamó la rectora—. ¿Cree usted realmente que en nuestro tiempo dejaríamos que un individuo pague para que se eduque el cerebro de su hijo? ¡No, gracias! No tenemos esas opiniones anticuadas. El Gobierno paga por toda la educación y recupera los gastos con los impuestos progresivos, por lo que todos pagan según sus recursos. Pero luego el Gobierno obliga a cada ciudadano sea hombre o mujer a poner a sus hijos en esta escuela. Los subterfugios no hacen la diferencia. Ya no existe la separación entre la escuela media y la escuela elemental.

—¡Esa era una discriminación negativa! —exclamó Giro.



—Una cuestión vergonzosa —acordó la rectora—. El hecho es que desde la niñez hacia adelante se abría un abismo entre las clases. El pequeño hombrecillo de la escuela media se consideraba mejor que el niño de la escuela elemental. Lo despreciaba, se reía de él y no lo aceptaba como compañero de juegos.

—Los alumnos en la escuela elemental aprendieron desde su infancia a enviar y a odiar a las otras clases en la escuela. Cuando se entrenó a los estudiantes en el uso de las armas, los de la escuela media formaron una tropa y los de la escuela elemental formaron otra tropa. Durante los recreos era inimaginable que los dos grupos se acercaran unos a otros o que jugaran juntos. No se hablaban. No es que pertenecieran a tribus diferentes o que tuvieran lenguajes diferentes sino que pretendían no verse aún si se miraban a los ojos. Así, la diferencia de clases y el odio encontró tierra fértil.

—¿Y qué sucedió cuando entraron en el ejército?

—Entonces, todos tenían los mismos deberes, al menos así se decía, pero a fines del siglo XIX se introdujo lo que se llamó «voluntariado por un año» que no cumplía con las mismas obligaciones que los otros reclutas. Se les excusaba de sus deberes por mucho más tiempo y eran tratados por los oficiales con misericordia. Un joven que había ido a la escuela elemental no podía escoger el «voluntariado por un año» porque no tenía el conocimiento necesario. Esa era la equidad en esos tiempos.

—Recuerdo que leí que a las niñas no las admitían en la escuela elemental, pero parece tan extraña esa información que la he eliminado de la historia como perteneciente al reino de las hadas.

—Bien, hace quinientos años no había una sola niña en las escuelas elementales del gobierno. No era considerado propio gastar en la educación de las mujeres. También se temía que si a las niñas se les daba una educación gratis, aprenderían demasiado y no se quedarían en el mundo tranquilo de su hogar. Cualquiera de ellas hubiera podido declinar ser una sirvienta para el hombre considerado entonces el señor de la creación, como se llamaban a sí mismos.

—Parece imposible —respondió Giro—. ¿Por qué no podían las escuelas constituirse como sociedades mercantiles y así el gobierno no hubiera tenido voz ni voto?

—Se colocaba el dinero en empresas completamente diferentes. Construían cafés o compraban acciones de Braunschweiger o boletos de la lotería de Hamburgo, preparaban cenas y danzas y encontraban mil formas diferentes para deshacerse del dinero lo más pronto posible.

—Bien, la economía estaba empezando a nacer o no existía. Eso está claro cuando se consideran los ingenuos intentos de crear pequeñas instituciones bancarias.



—En esos tiempos no había progreso en ninguna forma... pero ahora hablemos de su hijo, señor Giro. Como sabe, de acuerdo a la nueva ley de educación, usted tiene derecho solamente a un tercio del cerebro de su niño. Un tercio está reservado para que el propietario lo desarrolle como desee mientras el último tercio, según el párrafo ciento once de la ley educacional debe obtener su instrucción en un colegio público establecido y mantenido por el gobierno.

—¿Yo no tengo ningún derecho a expresar mis deseos sobre la educación de esa última tercera parte? —preguntó Giro.

—Claro que sí —le aseguró la rectora—. Usted puede decidir la ocupación específica en la que desea que se eduque el cerebro de su hijo, de acuerdo a las materias incluidas en la educación formal pero solamente hasta que el niño llegue a la madurez y pueda por sí solo cambiar esa decisión y escoger otra profesión.

»Para empezar, se debe enseñar el conocimiento general, común a todos los ciudadanos de ambos sexos y eso es totalmente independiente de los deseos de los padres. Sin embargo, el conocimiento general no puede ser comunicado hasta que el cerebro del niño se haya cultivado en cierta forma para que reciba el aprendizaje posterior. Eso fue descuidado completamente en el pasado, en parte a causa de la excesiva presión. En nuestros días no es suficiente preparar el cerebro mecánicamente, o sea psicológicamente, para la asimilación de las materias escolares futuras. Pero ahora, con la nueva ley de la educación...

—Sí, conozco esa ley —interrumpió Giro. Encontraba que las explicaciones de la rectora le quitaban tiempo. Hallaría una docena de nuevas sociedades cotizadas luego, pero hasta el momento no había descubierto ninguna.

—Bien, entonces usted conoce la ley —resumió la rectora— y por lo tanto sabe que la nueva escuela está dividida actualmente en Escuela para cerebros y Universidad. La Escuela para cerebros prepara al niño para recibir el conocimiento y la Universidad enseña las materias.

—¿Quizás también en forma mecánica? —añadió Giro.

—¡Hm! Eso no está decidido aún. Durante seiscientos años hemos tratado de hacerlo aquí en el país. Es verdad que el conocimiento académico se ha comunicado también en forma mecánica, pero ahora parece que estamos en una etapa transitoria. Los educadores y quienes preparan las leyes dirigen su atención sobre todo a la escuela preparatoria y esperan resultados significantes e importantes provenientes de la preparación psicológica. Ahora que hemos inscrito a su hijo, ¿no quisiera echar un vistazo a nuestra Escuela de cerebros? Así puede verla con sus propios ojos y asegurarse de su excelencia.

El director del banco estaba angustiado por las reuniones que lo esperaban con las nuevas sociedades mercantiles pero no pudo rehusar la sugerencia de la rectora. Siguió a Cerebrarius, quien le guiaba en la visita a la escuela. La institu-



ción podía haberse llamado, más bien, un laboratorio. La forma de educar consistía en un tratamiento que seguían los niños durante dos horas y luego otras tres. Estaban expuestos a corrientes galvánicas dirigidas a las partes del cerebro que se debía educar. Además, la educación específica de las células cerebrales estaba supervisada, ordenada y promovida por medios delicados y activos que la química había desarrollado cuidadosamente para ese propósito.

Cien años antes, la humanidad se había dado cuenta de la necesidad de entrenar y de fortalecer el cuerpo humano a través de la gimnasia. Sabían que un alma fuerte y fresca no podía existir en un cuerpo débil y enfermo. Así, también para la educación del alma se recomendaba entrenar y mantener los músculos y tendones.

La gimnasia se había desarrollado cada vez más, y en el siglo actual se sabía que era de vital importancia para la educación de los niños; trataba y protegía la médula misma de la razón. Y ofrecía tal calidad de educación que luego se podía llegar a tener un desarrollo fortalecido del pensamiento.

—Aquí puede ver —dijo la rectora al director del banco—, cómo llevamos a cabo la gimnasia del cerebro. No hay signos de cansancio en los alumnos, como se quejaban antiguamente en los colegios. Con la educación individual que practicamos, formamos la base de una educación formal para crear habilidades que producirán beneficios para la humanidad.

—El método parece excelente —exclamó Giro.

—Le aseguro que es el mejor —confirmó la rectora con orgullo.

—Cuánto trabajo y paciencia sobrehumana necesitaban los maestros en el pasado para conseguir que su alumno llegase a ser capaz de interesarse en la ciencia por sí solo. Frecuentemente el cerebro debía cultivarse desde muy temprana edad con clases tanto de Latín como de Griego, de historia y de matemáticas. El alumno debía ejercitarse mucho para poder pensar con lógica y percibir la consistencia de los sucesos.

—Supongo que los maestros no lo conseguían con todos los cerebros.

—¡Por supuesto que no! A las mentes estúpidas no se les podía ayudar. Los esfuerzos perseverantes de los mejores maestros no tenían poder suficiente para inculcar el estudio en las mentes perezosas.

—¿Y, ahora?

—¿Ahora? —exclamó embelesada la rectora— ¡No sabe lo fácil que es ahora! Una corriente galvánica pasa por los lóbulos del cerebro y una corriente más fuerte atraviesa la parte baja del *crus cerebro*, un tratamiento fortalecedor de las raíces. Y después de un par de años, un ser humano de cinco años está listo, sin efectos dañinos en el desarrollo de su cuerpo, para empezar a resolver los gran-



des problemas de la ciencia y de la existencia.

—¡Espléndido! —exclamó nuevamente Giro— ¡Qué maravilloso ahorro de tiempo!

—Y de potencial humano —añadió la rectora.

—¿En qué lugar del instituto estamos ahora? —preguntó Giro.

—En la primera parte para las ciencias exactas. Aquí, en el primer grado, al niño se le prepara para recibir el conocimiento que puede hacer de él un matemático, un físico, un químico o un ingeniero. En el segundo grado se crean los biólogos, generalmente etnólogos, zoólogos, botánicos, etc.

—¿Y en los otros grados?

—Estamos llegando ahí. Aquí en la segunda parte tenemos los grados que enseñan logística, metafísica, historia y anticuariado. Los grados de la tercera parte se ocupan de la investigación lingüística, los oradores y los autores.

—¿Qué hay de las habilidades empresariales superiores? ¿No se enseñan en la escuela? ¿El cerebro no debería estar preparado para aprender administración y finanzas, sin mencionar el curso más importante: banca?

—¡Por supuesto! —contestó la rectora con una sonrisa persuasiva y tranquilizadora—. La cuarta parte está en continuo crecimiento. Existen grados de educación para preparar a los cerebros que trabajarán en el comercio y también se educarán los órganos a las diversas formas de vida.

—¡Excelente! ¡Es justamente lo que deseaba! —exclamó el director del banco con gran satisfacción—. Formas de vida y sabiduría bancaria van siempre juntas.

—La quinta parte comprende los grados que proporcionarán a los cerebros reflexión y capacidad de actuación para las ciencias de banca y altas finanzas. Cada alumno, tanto niños como niñas, deben pasar a través de los grados menores en todas sus partes. Esos grados son la base para la educación pública y cívica. Después de desarrollar el cerebro de esta forma, que es común para todos, el niño será elegido para una educación específica en las diferentes profesiones. Y eso ocurre durante las diversas enseñanzas de los grados superiores.

»Afortunadamente y a diferencia de los tiempos antiguos, no ofrecemos educación para oficios específicos. Hoy en día las máquinas hacen todo el trabajo que antes estaba a cargo de los artesanos. Aún más, las máquinas se fabrican a sí mismas. Nosotros debemos solamente educar a los ingenieros que inventan los mecanismos.

—¿Y, cuando el cerebro del niño ha los grados superiores de esta escuela? —preguntó Giro.

—Entonces el niño está listo para ser educado en la universidad porque en-



tonces puede entender y recordar fácilmente lo que enseñan los profesores.

—¿En qué año termina la formación el alumno?

—La educación se completa a los nueve años. ¡Es un resultado magnífico de la nueva forma de educar! Las facultades intelectuales de un niño de nueve años corresponden a un adulto en el pasado, y a esa edad es generalmente tan maduro y experimentado como un adulto de cuarenta años antiguamente.

—Hace un tiempo la gente se preguntaba sorprendida que, si la sabiduría seguía creciendo continuamente y el contenido espiritual de la vida se acumulaba tan rápidamente, ¿cómo resultaría posible que los jóvenes seres humanos pudiesen abarcar, aunque fuese solo de forma superficial, todo eso?

—Se inventó un método de enseñanza detrás de otro y publicaron miles de libros de texto. Pero cada buen ciudadano vio con preocupación que todos los métodos se cruzaban, se enfrentaban, se anulaban unos a otros y todos aquellos manuales trataron de arrinconar a los demás, pero tuvieron éxito sólo en disminuir el deseo de educarse de los alumnos. Pero la hora más oscura se presenta antes del amanecer. Los estudios sobre el funcionamiento del cerebro se aclararon y finalmente la gente entendió que allí estaba la salvación.

—Y llegó la salvación —comentó Giro.

—Si, y uno de nuestros más experimentados y brillantes líderes juveniles dio un grito de advertencia que resonó en todo el mundo. Dijo: «Aprovechémonos de las enseñanzas de las funciones del cerebro. ¡Alejémonos de los libros de texto, de los antiguos métodos de educación, de las artimañas mnemónicas e innecesarias! Si el programa no está adaptado para el cerebro, luego el cerebro se debe adaptar al programa. Construyamos laboratorios. Los fisiólogos se convertirán en profesores. Ellos prepararán la materia gris del cerebro de un niño de forma mecánica y química».

—Palabras acertadas que valen cientos de millones cada año —exclamó el director del banco.

—Pero usted bien sabe —expresó Cerebrarius—, que las palabras no convencieron a los pedagogos ni a quienes manejaban el Consejo de Administración. Al contrario, fueron recibidas con desprecio y durante mucho tiempo se burlaron de ellos en las revistas cómicas añadiendo la mofa desdeñosa de los comediantes y la desconfianza del público.

»Pero aún así, la idea no podía desaparecer. En medio de las burlas, el desdén y la suspicacia, salió adelante la nueva visión expandiéndose gracias a leales partidarios y finalmente salió victoriosa en el Parlamento aún antes de que se aprobara la Ley de la Educación. Ahora es sólo cuestión de preparar los cerebros de los jóvenes para la asimilación de los objetivos del conocimiento.



»Conocemos hasta el último detalle el proceso psicológico de la actividad de los nervios y de las células de la materia gris, los que acompañan la lucidez y preparan al cerebro para la lógica deductiva a través de una serie de conceptos. Sabemos qué células se activan cuando se les dirige hacia observaciones particulares así como cuáles están activas durante la formación de una serie de pensamientos fijos; y aún sabemos cómo fueron activadas.

»Por lo tanto, por medio de estimulación artificial, especialmente de la corriente galvánica, podemos inducir a esas particulares partes del cerebro para desarrollar los movimientos que corresponden a la creación de conceptos fijos. Y, finalmente, podemos acostumarlos, y ese es el punto principal que se ha solucionado ahora, para que una cierta forma de pensamiento pueda crearse fácilmente.

»Porque aún donde no existen formas comunes de pensamiento puro ni alguna intención, existe, sin embargo un esquema y un recipiente permanente, así como el mecanismo para pensar que siempre preserva su naturaleza durante la alternación del intento educacional. Este recipiente nos permite cambiar la educación hacia una u otra especialización, constituyendo en cierta forma la característica fundamental del pensamiento.

»El deber de esta escuela es precisamente educar ese mecanismo de pensamiento. Para llegar a eso hemos trabajado mucho tiempo aunque solo recientemente hemos sido capaces de encontrar la ruta mejor y más corta para hacerlo.

—Estoy sumamente contento de haberla conocido, rectora — exclamó Giro— y le puedo encomendar a mi hijo con toda confianza. Como bien sabe, deseo que su cerebro sea educado como el de un financiero de primera clase en cuanto termine su formación preparatoria.

—Estoy al tanto de sus intenciones, señor director y no olvidaré poner toda la atención posible en ese sentido. Pero no debe olvidar que el derecho de decisión es del gobierno, que se ocupa del laboratorio educacional, así como también del niño. En ese sentido, yo me veo obligada por ley a seguir esas normas.

—¡Por supuesto que lo entiendo, rectora! Antes de despedirme de usted y de mi hijo, permítame preguntar, ¿en qué consiste, en su instituto educacional, lo que antiguamente se llamaba «alimento para el cuerpo»? ¿Alimentan a los niños con productos de algunas de las nuevas fábricas?

—Viven sobretodo de Oxígeno —explicó la rectora.

—¡Excelente! —exclamó el director del banco—. Sin embargo, yo podría sugerir alguna variación y estoy en la posición de vender una cantidad de provisiones artificiales de la mejor marca. Es verdad que no soy un comerciante, pero soy el director de una gran empresa que produce alimentos de acuerdo a un nuevo proceso.



La rectora se lo agradeció y explicó que los niños que seguían el tratamiento educacional en su laboratorio encontraban que vivir al aire libre era lo mejor para ellos. No siempre los alumnos de una escuela interna podían habitar en un lugar con aire fresco, afirmó. En los viejos tiempos, seguramente no había mucho aire para respirar porque estaba contaminado.

—Hoy en día el aire está regulado por el Consejo de Educación —agregó la rectora de la escuela— y usted puede estar seguro de que las características de nuestro laboratorio son de lo más útiles y satisfactorias en lo que concierne a la preparación del cerebro.

Giro declaró que se sentía satisfecho. Se preparó para despedirse de su hijo con cariño y quiso poner en su bolsillo algunos buenos pagarés que daban intereses para que el jovencito tuviera algo con qué entretenerse en sus horas de descanso. Luego la rectora preguntó al director del banco si deseaba asistir a una conferencia que tendría lugar dentro de poco, dirigida al primer grado de la escuela y que trataría sobre la historia educacional de los últimos siglos.

Pero Giro pensó que tratándose de historia educacional, no había mejores conferencias que las que se escuchaban diariamente en la Universidad de Gothenburg, que era la mejor del norte de Europa.

La rectora asintió y sonrió, pues no le pareció oportuno contradecir a tan importante financiero de la capital. Por lo tanto, Giro se despidió y se marchó tan rápido como le fue posible. Durante su estadía en Södertälje quizás había dejado de prestar atención a las nuevas compañías cotizadas, pero su hijo había sido entregado para un tratamiento preliminar del cerebro.

Llegaban nuevos visitantes. Venían de todos lados a entregar a sus hijos al laboratorio de Södertälje. Mientras esperaban que fueran inscritos, discutían sobre el nuevo establecimiento para el aprendizaje, como era de suponer.

—Si el tratamiento de partes concretas del cerebro continúa durante generaciones —observó uno de los presentes—, sin duda alguna el cambio influenciará también las condiciones sociales. Siento gran curiosidad por ver las consecuencias. Es obvio que el cerebro se desarrollará de forma tan peculiar que aún no somos capaces de entender la capacidad global de entendimiento que puede provocar.

—Si usted está hablando de conceptos extraños —comentó uno de los presentes—, se debe añadir que ese término puede justificar cualquier cosa desde nuestro punto de vista. Si el desarrollo del cerebro humano encuentra otro destino que el que conocemos actualmente, entonces eso determinará un nuevo aprendizaje del mundo y esa nueva percepción se convertirá en la norma.

—Así es, pero uno podría temer que a través de este nuevo arte educacional, el cambio traerá incalculables complicaciones sobre la manera formal del pensa-



miento.

—Sus temores son exagerados, sin duda alguna. Si se aplica la enseñanza en forma moderada en la escuela para cerebros, seguramente no se desarrollarán ideas que estén fuera de la norma del pensamiento clásico.

—Pero sin duda, una cierta educación hacia normas nuevas puede ser excesiva. Si la lógica es el factor más importante, hay también otros lados de la naturaleza humana que proponen nuevas visiones de la vida, sin olvidar el sentido del humor o el lado ético de la vida.

—Esas esferas no pueden separarse rápidamente de la mente. Comúnmente se piensa en ellas como una actividad interna, lo que sin duda puede desarrollarse en una dirección demasiado estrecha de la mente. Existe algo que pertenece a la preservación de la raza, hoy en día, y en el futuro se podría...

—Damas y caballeros —se escuchó la voz de la rectora—, todos los pequeños cerebros que han llegado para ser tratados en nuestro laboratorio han sido aprobados para ser admitidos junto con los cuerpos que los acompañan. El trabajo con ellos empezará inmediatamente.

En consecuencia, Cerebrarius pidió a los padres de los jóvenes cerebros que se dirigieran al salón de conferencias número uno, donde los alumnos a quienes les estaba permitido escuchar la conferencia, se encontraban ya echados en su hamaca, esperando. Esa práctica la habían copiado de la Universidad de Gothenburg, donde se usaba con frecuencia, por hallarla sumamente conveniente para los estudiantes.

(Continuará...)

© *Claës Lundin*

© *de la traducción: Adriana Alarco de Zadra.*

Hace cien años, CLAËS LUNDIN (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gothenburg. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *Oxígeno y Aromasia*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft (Imágenes del futuro)*, del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán KURD LASSWITZ (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace: <http://runeberg.org/oxygen/>



CRÓNICAS DE LAS TIERRAS MESTIZAS

SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

por Javier Cosnava

Los torcidos hilos del destino y las intrigas del príncipe Bakenkhonsu llegan a un punto álgido. La muerte se ciernen sobre un personaje protagonista y una nueva red de mentiras y de manipulaciones está a punto de nacer. El destino de la Tierra Mestiza y de los Nlópales de flores amarillas está escribiéndose con renglones torcidos. Sólo la familia del jardinero, que encabeza Kamutef, podrá en el futuro, tal vez, enderezarlos.

CAPÍTULO 6.2: JARDÍN BULBOSO. MACIZOS.

4

Aquel hombre era un monstruo, una víbora del desierto, el peor de los seres sobre la faz de la tierra. El día de su nacimiento debieron conjurarse todas las señales nefastas para que las tinieblas arrojasen de su seno a alguien tan impuro, tan deshonesto, capaz de hacer en cada uno de sus actos gala de una perversidad apenas imaginable.

Parábola dio un último paso vacilante antes de arrojarse en su lecho. *Diré que me encuentro mal, una fiebre, pensó.* Sintiendo la comezón de la redoma en su palma, cerró el puño hasta que la mano empezó a dolerle de forma insoportable. *La Señora querrá saber, vendrá a verme. ¿Cómo podré ocultarle la verdad? ¡Oh, bendito Amón!*

Intentó recordar con nitidez el momento preciso en que lo comprendió todo por fin. El idiota de Bakenkhonsu hablaba y hablaba, llevaba una eternidad lamiéndola con lisonjas y verborrea de mendicante. *¡Ojalá su Ka se hubiera podido antes de ver la luz!* Y entonces le mostró la redoma. Sonrió, habló de sus efectos, de la necesidad de cumplir con los designios del Oculto. *¿Qué sabría aquel patán de lo que Amonrasonther, rey de los dioses, en su gloria, dictaminaba para enfrentar los avatares del universo y sobrevivir al tiempo?*

—Todos lo tomarán por un fallo de su corazón cuando muera el bueno de Ajep, al fin y al cabo, el padre pereció en la misma forma y nadie sospechó nada. Tampoco lo harán ahora. Además, hoy nuestros aliados son muchos más y mejor situados. No me gusta dejar ninguna cosa al azar...



Y el patán siguió su charla acerca de las necesidades del estado, de la pequeña Pleamar y el infame Ajep, de que los muertos se removerían en sus tumbas si veían a alguien que no fuera la divina hija de Hapu en el trono fabuloso del Doble País. Y siguió hablando.

La divina hija de Hapu.

Hapu el Grande.

El padre pereció en la misma forma y nadie sospechó nada.

Procuró encajar el golpe sin apenas un pestañeo. Dios, ese perro era capaz de reconocer en su torpeza que había asesinado al Horus Viviente y proseguir recitando las glosas de los Sabios Inmortales, el verbo de la divina Enéada e intercalar sus blasfemias con chanzas y muecas para atraerla a su bando. ¿Divino Khonsu, acaso no se le estaría insinuando? Procuró retirar esa idea de sus pensamientos, no quería que la náusea nublaste ahora su entendimiento.

—Vos, mi querida Parábola, sois una persona respetada y querida en palacio. Por todos. En mí los enemigos de la luz reconocen al siervo mejor y más destacado de la Reina, no me sería posible ni en un millón de años acercarme a Ajep y suministrarle... bueno, por así decirlo, nuestra medicina. Pero vos...

Su corazón recordó la rápida agonía de Uadjamosis, o la prematura y muy desgraciada muerte del primer primogénito Amenmosis. En verdad, en el fondo de su alma, nunca creyó que Marea fuese responsable de los crímenes que se le atribuyeron. ¿De cuántos pecados atroces tendría que dar cuenta aquel monstruo el día que pesasen sus actos en la Sala de las Dos Verdades?

—Mi abuela, la muy poderosa Señora del Cielo —dijo entonces Bakenkhonsu—, siempre me habló de vos con admiración y simpatía. Os tenía por una persona de intachable conducta y fidelidad a...

La bruja Constelación. Poco a poco, las piezas sueltas en su cabeza fueron uniéndose en un tenebroso engranaje. La maga había sido la última gran Reina del país. Hija de una época de luchas y de muerte en que los hombres batallaban y morían recién salidos del gineceo, el harén real, había contemplado a su madre Telaraña y a sí misma regentando un país de niños-Reyes, decidiendo en nombre de ellos el porvenir de sus súbditos, remedos de Isis y Horus en una misma entidad. No, ellas nunca creyeron en el destino. Y al final, no les había sido imposible sobrevivir a su propia muerte para dictar el sino de la Tierra Mestiza.

Los Nlòplales de flores amarillas.

Sí, porque también estaba todo aquel maldito asunto de los Nlòplales. Recordó lo que le había explicado su madre; ella había estado allí, con Constelación, cuando trajeron el cadáver del último Rey muerto por los Puros sólo-humanos, el



niño Rameses. ¿Y si todo fuera una maldición de los cielos por nuestra soberbia, por creer que podemos cambiar el equilibrio de las cosas, recrear la Armonía, trastocar el baremo de la Regla, por sabernos mejores y más poderosos que los propios dioses?

—¿Y bien?

Bakenkhonsu esperaba. Con nerviosismo mal disimulado, el príncipe golpeaba con la yema de sus dedos la pulida superficie de su tablero de Senet... y seguía esperando. Tal vez llevara un buen rato en silencio mientras ella vagaba absorbida en sus descubrimientos, en el hallazgo de todas las mentiras y de unas pocas verdades.

—¿Qué debo hacer? —inquirió, temblorosa.

—La forma, poco importa. Intimaréis con él y le daréis un remedio para sus males. No temáis. Confía en vos, no en vano fuisteis también su nodriza.

Sí, maldito estúpido, también fui su nodriza. ¿Cómo puedes esperar que yo...?

—Sabré satisfaceros, príncipe; a vos y a los mandatos del Oculto.

La entrevista se acabó poco después. Bakenkhonsu no parecía satisfecho con tan velado consentimiento y tuvo que hacerlo explícito de un centenar de formas diferentes. Al fin, probablemente percibiera la fatiga que la dominaba y la dejó a solas con el peso de tantas cosas nuevas que nunca quiso descubrir.

Es verdad que el conocimiento es la primera fuente de dolor.

Parábola dio un último paso vacilante antes de arrojarle en su lecho. *Diré que me encuentro mal, una fiebre, pensó.* Sintiendo la comezón de la redoma en su palma, cerró el puño hasta que la mano empezó a dolerle de forma insoportable. *La Señora querrá saber, vendrá a verme. ¿Cómo podré ocultarle la verdad? ¡Oh, bendito Amón!*

Pero eso ya lo había vivido. ¡Llevaba dando vueltas y más vueltas a la última hora de su vida, incapaz de seguir adelante!

Y, de pronto, cobró conciencia de que tal vez la Reina ya estuviese informada, de que Bakenkhonsu y ella misma quizás fueran instrumentos de su afán, de su venganza, de su sueño de convertirse en Rey. Acaso la bruja Constelación hubiese ya entrevisto y mudado el porvenir de la pobre Parábola, como el de todos sus súbditos; y el porvenir es como un yugo, podemos tirar de él, hacia él, o detenernos. La muerte, la partida, es el único acto libre del alma en su viaje al lugar de los vivos.

Y aunque fue incapaz de conciliar el sueño, la tarde entera transcurrió sin que pudiera despertar de sus pesadillas.



5

La estatua de la mujer vieja le miraba. Estaba seguro. El Heredero dio la vuelta a la talla y la observó desde atrás, y luego otra vez por delante; la exploró de costado y de perfil, y finalmente se echó al suelo para vigilarla desde abajo. El rostro de roca titilaba, listo para erguirse si se atrevía a poner sus manos infantiles encima. Se trataba de simbio-piedra y sin duda había sido programada para causar respeto a los incautos que pasearan por aquellos jardines. Pero lo que Menkhep no sabía era si las brujas Lithistas podían hacer que esa cosa le mirase y le pusiese mala cara. Maldita mujer vieja y mala. Constelación, la Gran Esposa Real, Señora del Cielo y el Alma del Lugar de la Verdad. Ese había sido su nombre. El Heredero sabía quién era por su última nodriza, que era devota de aquella mujer tan mala. Al Heredero le gustaba escuchar a los mayores, se sentaba con un juguete en la mano y les escuchaba. Se aprendía mucho más que preguntando.

—¡Toma!

Su hermana, Galaxia, le dio un empujón cuando intentaba levantarse y cayó de bruces en un lecho de flores. Cuando la cogiera se iba a enterar. Uno de los mayores se acercó a reñirla, pero la niña corría ya entre risas hacia los arriates. Se alejaba. Otros adultos la siguieron, entre ellos su nodriza.

Menkhep, el hijo mayor de la Segunda Esposa Horda y del rey Ajep, se escapó a gatas de los mayores y se adentró en el jardín bulboso, entre las begonias. Entonces vio al bicho, que se arrastraba dejando un rastro blanquecino como leche de burra. ¿Estaría bueno? ¿A qué sabría? Intrigado, lo apresó entre dos dedos y se lo llevó a la boca.

—Bendito Amón... —dijo una voz a su espalda.

La bofetada le empujó un Codo hacia atrás, provocando su estupefacción primero y, más tarde, un llanto fogoso e inextinguible. La babosa, entretanto, había salido disparada hasta el tallo de una begonia y arrastrándose se adentró en el pequeño bosque esperando no despertar nuevo interés ni nuevas iras.

—¡Menkhep! ¿Así piensas que se debe comportar un príncipe, tumbado en el suelo comiendo desperdicios y gusanos? —dijo de nuevo aquella voz.

Para al niño Menkhep las palabras de su madrastra, la reina Pleamar, eran como la arena en el desierto. Su rostro le ardía y, en ese instante, la realidad nacía, se trazaba y concluía en esa sensación. Dolor. Un dolor provocado por la reina Pleamar. Un dolor provocado a él, que no había hecho nada. Procuró recordar y ni siquiera sabía qué había hecho. Ella era mala. Por eso le había pegado.

—¡Mala!



Pleamar ni le escuchó. Vestía el mismo caparazón ceremonial que había vestido la vieja Señora del Cielo y se sentía satisfecha de recuperar aquella vieja tradición. Todavía airada, se volvió y aulló a unos y a otros órdenes rápidas, cortantes.

—La nodriza, ¿dónde está la nodriza?

Unos pasos, un rumor creciente, embarazoso... disculpas, gritos. Otra vez los mayores y sus gritos.

—Yo sólo me descuidé un instante. La niña Galaxia se escapó y...

Los mayores siempre gritan.

—¡Maldita estúpida!

Menkhep supo que aquel mismo día tendría una nueva nodriza. Si ya hubiera aprendido los números, sabría que era la sexta en sus tres años de vida. Pero para él sólo eran muchas. Caras vagando en sus recuerdos, gestos atemorizados. Hubiese preferido no tener nunca más nodrizas.

—Nunca más —dijo, pero, como siempre, los mayores no le escuchaban.

—Nuncaa maas —repitió una voz a su espalda. Sonrió. ¡Nebulosa! Su hermanastra le miraba con sus grandes ojos de lapislázuli. Su nodriza la había dejado en el suelo para intervenir en la discusión y hija de Pleamar no había perdido ocasión de acercarse hasta él.

—Estaba conmigo —se disculpaba entretanto una amedrentada nodriza—; también el Heredero. Pero, de pronto...

Los mayores siempre tienen miedo. Siempre dan excusas.

—Nuncaa maas —dijo Nebulosa.

—Nunca más.

Se echaron a reír. Su hermanastra, en ese instante, con un mohín de sus labios, un destello de sus ojos, un balanceo de sus cabellos, consiguió llenar todo el universo.

—¡Malos! —dijeron al unísono, refiriéndose a todos los adultos de la Tierra Mestiza.

Cogidos de la mano avanzaron entre las begonias, los gladiolos, las fresias, las azucenas. El paraíso no parecía tener final. Pero se cansaron de andar y se sentaron en el suelo a jugar con los guijarros. Entonces oyeron los gritos.

Nos buscan, pensó. Nos han perdido de vista mientras discutían y ahora no nos encuentran.



—Malos —dijo.

—Mallos —asintió Nebulosa, que aún no había cumplido los dos años y tenía problemas para pronunciar las eles y las des.

El cráneo afeitado del Primer Profeta de Amón-Re, su tío Bakenkhonsu, apareció tras una higuera, en el borde del camino, donde empezaban los frutales. Su prima Nebulosa estiró la mano y un guijarro impactó en su frente. Galaxia, su hermana, que había aparecido gateando detrás del sacerdote, se echó a reír y a batir palmas. Intentó coger una piedra del suelo, pero era demasiado pesada, y luego de hacer una mueca de fastidio, se sentó en ella.

Bakenkhonsu se frotó el cogote y les miró consternado.

—¡Les he encontrado! ¡Aquí! ¡Aquí! —le oyeron que vociferaba.

—Mallo —dijeron al unísono Nebulosa y Galaxia.

Antes incluso que llegaran a acercarse lo suficiente para poder ponerles la mano encima, el gesto furioso de Pleamar hizo que su hermanastra se echase a llorar.

—¡Culo no! —gritaba Nebulosa, mientras intentaba erguirse para huir de su progenitora.

Menkhep se adelantó y cogió a Pleamar de una pierna, tratando de impedir que castigase a Nebulosa. Ella intentó zafarse y luego permitió que Bakenkhonsu la ayudase. *Demonio de crío*, murmuró. Nebulosa echó a correr pero a los dos pasos ya había sido cazada y a sus oídos llegaron atronadoras palmadas en sus nalgas.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No! ¡No!

Nebulosa dejó de gritar y empezó a sollozar. Un guardia se llevó a las dos no-drizas caídas en desgracia. *Ninguna es como Parábola*, pensó la reina, y volvieron aquellas órdenes rápidas, cortantes. Bakenkhonsu había cogido a Menkhep en volandas. Nebulosa seguía llorando. *Yo no he hecho nada*, pensaba el joven príncipe, *todo esto es terriblemente injusto*.

—¡Aaah! —gimió su tío.

Había tenido que morderlo. Sólo un poco, claro. Le soltó un momento en el suelo y consiguió zafarse. Varias manos se extendieron hacia Menkhep pero consiguió pasar entre las piernas de alguien, cogió carrerilla y embistió a la poderosa Reina del Doble País, cayendo ambos aparatosamente sobre un macizo de begonias.

—Nunca más —le espetó a la cara de la mujer más poderosa del mundo conocido.



Nebulosa había dejado de gritar. Menkhep estaba tumbado boca abajo en el suelo. La babosa estaba quieta a su lado, paralizada por tanto alboroto en su hasta ese momento, idílica existencia. El Heredero vio del revés a su tío Bakenkhonsu que se acercaba removiendo la cabeza. Se puso en pie. Pleamar se incorporó con la ayuda de unos sirvientes. La vio venir. Tuvo miedo pero algo superior le obligó a inclinarse y a recoger el bicho del suelo. Tibio, viscoso, jamás debería habérselo metido en la boca. Ella tenía razón. Pero no importaba. La mano silbó en el aire como un azote de mimbres sobre la carne del reo. Luego se vio a sí mismo volando proyectado cuatro codos más allá.

—¡Oh, Dios mío! —oyó que decían todos a su alrededor, sorprendidos por la furia de su Señora.

Esta vez no lloró y se levantó mirándola fijamente. Sus ojos eran como el fuego. El miedo había desaparecido.

—Mala.

6

Como matar a un hijo.

Ella lo había amamantado, le había abierto las puertas al mundo, le había visto crecer. Era un crimen tan horrible como matar a un hijo. Supo que sería incapaz de hacer algo semejante. Antes acabaría con su propia vida.

—¡Oh, mi aya querida! Pasad, pasad por favor —la invitó Ajep, con aquella voz tan dulce que guardaba sólo para ella—. Los asuntos de estado pueden esperar hoy. No todos los días recibo una visita tan anhelada. Pero cómo, ¿dudáis? Acercad una de esas banquetas. Así, cerca de mí. Tan cerca que no pueda dejar de sentir vuestras historias. Sí, mi aya querida. ¿Os acordáis de la historia del Rey y los magos, o la del Príncipe Predestinado, de todas las veces que llenasteis mi aburrimiento con su odisea? ¿Me la explicaríais una vez más? ¿Sólo una vez?

Parábola había intuido desde el principio que sería así, tan imposible como hincar una daga en su propio corazón. Y Ajep, el pobre niño Ajep, no había cambiado nada en todos aquellos años, y la miraba esperando su historia. ¡Oh, Amón! ¿Qué culpa tenía aquel pobre huérfano abrumado por los crímenes y las intrigas de otros? ¿Por qué el conocimiento, lejos de liberarla, la quemaba como fuego en las entrañas?

—La historia del Príncipe Predestinado, aya querida.

Se miraron. Ajep sonrió. Apenas una corta túnica para cubrir su cuerpo pequeño y delgado, una expresión turbia y sombría que trataba de mostrar entu-



siasmo, una mesa llena a rebosar de documentos y utensilios de escriba; todo en cuidadoso desorden, cada cosa fuera de su lugar y al alcance de la mano. Aquel muchacho nunca había sido Rey, su alma había vagado desde el primer momento en otros campos de batalla, en lugares donde los hombres y sus intrigas no tienen cabida, tras murallas que los grandes de la Tierra Mestiza no sabrían escalar, murallas hechos de signos, de tinta negra y roja, de papiro, quimeras y fantasmas.

—Tal vez, aya querida, queráis que me tome ya el contenido de esa redoma que escondéis entre los pliegues del vestido, pero prefiero que hablemos, es aún media tarde. Nos sobra tiempo.

Parábola sintió un puñal que le rasgaba por dentro. Su traición, su dolor, ¿eran acaso tan visibles? ¿Tan embustera era la mueca con que cubría su espanto? Esos monstruos de palacio la habían convertido a ella en otro monstruo. ¿Acaso, a sus setenta y cinco años, tenía que perder la dignidad por culpa de los poderosos?

—Hijo mío...

—¿Os inquietan otros asuntos? ¿Tenéis prisa?

—En absoluto, mi niño.

—Entonces, os agradecería la historia del Príncipe Predestinado.

—Esa es la historia de Pleamar, mi niño, su sueño.

—También es mi historia, mi pesadilla tal vez. Pero tan mía como suya, aya querida.

Trató de recordar. Pensó, rebuscó en sus recuerdos. ¿No era la historia preferida de la vieja bruja Constelación? Muchos años atrás la había escuchado de sus labios por primera vez. Casi la había olvidado.

—Fue hace mucho tiempo, un Rey que no tenía descendencia de varones...

—¿Era un buen Rey, aya?

—Sí, sin duda, mi niño. El mejor de todos. Como vos. Pienso que él tampoco quiso nunca ser el Soberano de este país. Eso le hacía más fuerte. No temía a las conjuras, sólo a la magia.

—Yo no temo a la magia. La magia no existe, aya. Nosotros la hacemos existir. Igual que a Dios.

Parábola continuó con su historia ajena al significado de aquellas palabras. Y juntos asistieron al nacimiento del príncipe, a la maldición de las Háthores (*morirá por el cocodrilo o por la serpiente o por el perro*), a la construcción de la cárcel



y palacio en la que el joven pasaría su infancia y adolescencia, a su huida, su exilio, su fortuna en la tierra de los Kemit y su regreso al Doble País, donde le esperaban la maldición de las Háthores y su destino: la muerte.

—¿Crees realmente, aya querida, que si el príncipe hubiese renunciado a su nombre para siempre, viviendo como un rico comerciante venido del este, las Háthores no habrían podido tocarle?

—Eso creía Nuestra Señora del Cielo, la gran Constelación. Eso cree Pleamar. Piensan que podemos engañar a dioses y a hombres a nuestro albur.

—Pero tú, aya, ¿qué crees?

Parábola era una hija del Gran Río, y sus aguas corren pausadas como la vida. Inundación, Siembra y Cosecha. Siempre igual. Los dioses crearon un mundo de repeticiones. Sus hijos no deberían pensar siquiera en variar la cadencia del universo.

—Creo que nadie tiene la potestad para enfrentarse a su destino. No importa que pueda eludirlo, importa que sepa aceptarlo.

El Rey extendió una mano y pronto descansó en su palma la redoma. *¡Que poco pesa!*, se exclamó. Una copa la esperaba en la mesa, entre la hoz para cortar a medida las hojas, junto al mortero para moler los pigmentos. Se puso un pincel de reserva en la oreja, como hacen los escribas cuando iban a empezar una tarea muy extensa y saben que necesitarán más de uno para concluirla.

—Sois sabia, aya querida. Mucho más que lo que vos misma imagináis.

Apuró la copa de un trago. No se dijeron nada más. El Rey estuvo largo rato vuelto de espaldas, mirando a las estrellas resurgir en el horizonte. Cuando los primeros efectos del veneno hicieron su aparición, y Ajep comenzó a temblar en su banco como si estuviese bebido, la nodriza se colocó tras su niño y le abrazó por la cintura, dejándolo caer sobre ella.

—Me siento cansado, aya querida, como si el mundo no dejase de dar vueltas y yo estuviese en el vórtice de su espiral.

Los primeros espasmos fueron los más terribles. El Rey estuvo a punto de desasirse y caer al piso. Tuvo que agarrarlo con todas sus fuerzas. Ajep gemía, devorado por el dolor. Los espasmos se fueron sucediendo, uno tras otro, con invisible compás, con aguda perseverancia. Parábola estaba segura que cuando los dioses la juzgaran por su crimen en la Sala de las dos Verdades, ese sería su castigo. No el lago de Fuego. No más llamas. Bastaría revivir aquella escena para destruirla.

—Aya querida...



El Rey había dejado de temblar e intentaba incorporarse, con la vista perdida en las estrellas que tintineaban al borde de la losa de los cielos.

—¿Sí, mi niño?

—Aya, cuéntame otra vez esa historia, la del Rey que no tenía hijos varones, otra vez, por favor.

No tuvo fuerzas para negarse.

Hubo una vez un Rey triste, porque, aunque parezca mentira, los Reyes también pueden estar tristes, mi niño. Hubo pues un Rey muy triste, que padecía el gran sufrimiento de no tener ningún hijo varón. El Oculto, sin embargo, se apiadó de él y le concedió un hermoso heredero, sano y fuerte, que pensaban todos sería la bendición de la familia. Pero las Háthores se llegaron hasta la cabecera de la cama del niño e hicieron su profecía: morirá por el cocodrilo, o por la serpiente o por el perro, dijeron, y todos huyeron aterrorizados, pues es bien sabido que los nudos que las hijas de Hathor enredan, nadie puede deshacerlos.

7

Kamutef se despertó con el cuerpo dolorido, como si hubiese ascendido una montaña en la noche y la cima tan sólo se insinuase entre nubes, tras el horizonte.

Había amanecido ya. Remolino parloteaba en sueños a su lado en el lecho, satisfecha. La dama Remolino. Pensó en cómo se sentiría aquella hembra caprichosa después de haber conseguido lo que hacía tantos años perseguía. Quizás ahora entendiera que un pobre cuerpo campesino no era algo que su paladar debiera codiciar. Pero no tendría tanta suerte. Kamutef se levantó y, perezoso, envarado, vagó unos momentos por la habitación en penumbra antes de cubrirse con una sencilla túnica y salir al balcón, desde donde pudo contemplar el despegue de un cohete de pruebas: la última extravagancia de la SoGen, que desde el Dominio de las Esposas del Dios había planificado iniciar una nueva era de viajes interestelares, aunque de momento se conformaban con mandar perros y monos en naves de prueba que estallaban luego en el aire hechas añicos. Sin embargo, pronto iban a ir más lejos. Desde la balconada podía ver a lo lejos la montaña donde habían construido su centro de actividades espaciales, en las afueras de la ciudad occidental. Había oído decir que las mujeres de la SoGen habían elegido ya a aquél o aquélla que pilotaría la primera nave tripulada de la historia: un Loo hermafrodita genuino, un tal Vértice.

—¡Malditas mujeres extraterrestres! —exclamó, pero en realidad su mente había regresado al punto inicial, a la dama Remolino y el lecho que acaba de abandonar.



Había cedido por Irta. No, lo hizo porque estaba cansado de luchar, o por ambas cosas, no valía la pena engañarse. Aquella bruja, sabiendo por experiencia que su presa no tenía un punto flaco donde golpearle, lo había creado para luego amenazarle con su destrucción. Ese muchacho curioso, irónico, mordaz en las palabras y extravagante en los gestos, le tenía robada el alma. Ese chiquillo y su propia debilidad le habían conducido a aquel lecho donde, a decir verdad, no lo había pasado del todo mal. Bueno, nada mal.

—Le mataré —le había dicho—. Tal vez Jeda remueva a todos los vampiros del Lago de Fuego si te toco un pelo de la cabeza, pero juro que tu hijo será mañana un Osiris si no apagas la sed que me abrasa desde hace tantos años.

¡Maldita mujer!

Pero no importaba, seguramente el propio Irta encontraría aquella situación lo bastante divertida para agujonearle con mordaces preguntas durante días enteros, meses tal vez. Ya lo imaginaba esperándole junto a los macizos con una sonrisa de oreja a oreja, sabedor que habían pasado quince horas y toda una noche desde que marchara a visitar a Remolino a su mansión después de su nota de apremio. *Una mañana espléndida y llena de buenos augurios, padre*, diría. *Os eché de menos al despertar, ¿marchasteis acaso a por semillas al almacén?*. Y él sonreiría, y ambos sonreirían.

¡Maldito crío!

Entró de nuevo en la habitación y terminó de vestirse. Deseoso de escapar de aquel lugar, descuidó por una vez su aseo y salió a la calle. Afuera se hacinaban los incontables moradores de la ciudad de Ity-tawi, la ciudad de Amón-Re y la Divina Tríada, construida a imagen y semejanza de la Tebas egipcia. Una urbe donde el alboroto no te dejaba oír, el hedor no te dejaba respirar, el trasiego de millones no te dejaba mover.

¡Malditos dioses!

Kamutef trató de imaginarse otro bullicio bien distinto pero acaso aún peor: el de palacio; aquel universo teñido de oro, turquesas y lapislázuli, y quiso compararlo con este otro por el que ahora transitaba, con el sudoroso mudar de centenares de anónimos rostros por las callejuelas de la capital. No pudo. Cuando se quitaba la peluca, los ropajes suntuosos y los raros afeites con que todos se embadurnaban el cuerpo en los Reales Dominios, dejaba de ser el Maestro de los Jardines del Dios Bueno Ajep, el hombre poderoso que había ascendido a la sombra de su tío. No. Ahora era sólo Kamutef, hijo de Senra.

Se dejó llevar, convertido en uno más. Una vieja chalana de pasajeros, una de las pocas que aún navegaban el Gran Río a la vieja usanza, le llevó a la Ciudad Occidental en medio del fragor de los navíos solares, que pasaban raudos a su



lado levantando surcos de espuma. De allí fue a pie hasta las puertas del Doble Palacio a través de una doble hilera de aceras móviles que acaban de inaugurarse apenas un par de meses atrás. Los guardianes de la entrada tardaron en reconocerle, descalzo y cubierto de polvo. Sólo tras una larga charla y luego de dar explicaciones innecesarias durante media hora, consintieron en abrir el campo de fuerza y dejarle entrar en los jardines.

Avanzó en vertical a través de los macizos y no vio a Irta ni a ninguno de sus ayudantes. Ello le preocuparía un breve instante. Luego oyó las voces y los sollozos, la alegría que algunos disimulaban tras un rostro afligido. Situó a los hipócritas en un bando, a los pocos que lloraban de corazón en el otro y supo que Ajep había muerto. El luto duraría setenta días. Los jardines estarían días enteros desiertos, algunos especímenes se echarían a perder. Una lástima. Caminó hasta el jardín bulboso y se perdió entre las begonias y las fresias, inquieto por su mal estado. Era como si hubiera pasado por allí una manada de antílopes; muchas habían perecido aplastadas, otras colgaban moribundas de sus tallos, y las últimas, arrancadas, yacían en el suelo.

Malditos nobles y sus juegos.

Alcanzó el Templete del Norte sin apenas darse cuenta.

—Vaya, sobrino, ¡qué alegría verte! Siéntate, por favor.

Jeda le esperaba junto al kiosco, bajo la sombra de los granados que cobijaban el paseo. Sentado en la posición del escriba, parecía por su expresión a punto de echarse a dormir. Al principio, tuvo dificultades para reconocerlo. ¡Estaba tan joven! Tendría unos treinta años. La misma edad que cuando le rescató de Ipu, de los cocodrilos, las hienas y de una existencia lejos de la Gran Casa y sus moradores.

—Hola, tío.

Jeda asintió con la cabeza.

—Yo planté este árbol, ¿lo sabías? El primer granado de este lado del paseo. Antes estaban al fondo, donde las parras, mirando al oeste. Pero el occidente no es lugar propicio para que se miren los enamorados, para que el amante entregue a su hermana la granada, símbolo de un amor eterno. ¿No crees, hijo?

—Supongo que no.

Hacía tiempo que una sombra se movía en los jardines. Muchos la habían intuido, algunos la percibieron un instante vagando solitaria junto a los muros, ahora él conseguía verla y hablar con ella. Los muertos retornaban a los árboles que plantaron en vida, estaban unidos a ellos por su Ka, por su espíritu y por todas esas cosas que sublimaban los sacerdotes. Compartían, en suma, un mismo



hálito de vida. *Las cosas hechas por amor sólo el amor puede separarlas*, decían en sus libros los Sabios Inmortales. Pero Kamutef sabía que su tío estaba allí por él.

—Este es mi lugar, hijo, no intentes apartarme.

—No lo pretendía.

—Pero mi presencia aquí te turba, no crees que esté del todo bien.

—¿Otros podrán verte o hablarte aparte de mí?

—No creo.

—Entonces puedes quedarte en mi jardín todo el tiempo que desees. —Dos palabras: *mi jardín*, habían surgido de su boca en un tono un poco más alto, lo bastante explícito.

—Gracias.

Se sentaron juntos. Entre los granados soplaba una brisa fresca, un soplo húmedo y tibio. Kamutef sintió que se le erizaban los cabellos.

—Así que al final sucumbiste a la artes de la noble Remolino —dijo el espectro de su tío.

—Era lo mejor.

—Un muchacho hermoso, ese Irta. Será un buen hijo, como tú lo fuiste para este pobre jardinero.

—Sí.

Siguieron hablando. Unas pocas palabras que se rellenaban con largos interludios de silencio. Y luego vuelta a empezar.

—Hijo mío, ¿fui un buen padre para ti?

—Fuiste un hombre, acertaste a veces y erraste otras muchas, como todos nosotros.

—¿Perdonaste mis yerros?

—Claro, tío, ¿no te lo dijeron los Servidores de tu Ka?

—Gastas una fortuna en unos hombres que están tan lejos de mi alma como no puedas imaginar.

—No volveré a hacerlo si no lo desees.

Otro silencio. Y otro. Kamutef se incorporó con desgana, pero también con determinación. Ya tendría tiempo de pensar en todo aquello. Ahora era un hombre con responsabilidades.



—¿Te marchas ya?

—Me esperan otros deberes: el Rey ha muerto, como seguramente ya sabes. Habrá que preparar sus exequias. —Se volvió con un rastro de duda en los ojos—. ¿También lo mataron, tío?

—¡Psst! No hagas bromas de esas ni con los muertos. Estamos en el Doble País, donde triunfa el Orden sobre las tinieblas. ¿Piensas acaso que somos Puros sólo-humanos, ignorantes y criminales? Aquí nunca nadie ha osado levantar su mano contra un Dios Viviente. Nuestros actos los gobiernan la Regla y la Armonía. No lo olvides.

—Todo el mundo lo sabe, o lo intuye, tío.

—Razón de más.

La brisa había dejado de soplar. El sol se asomaba magnífico desde las alturas. Aquella sería una jornada tórrida y seca, como casi todas.

—¿Murió en paz el Rey, en cualquier caso?

—Sí, hijo.

Kamutef dio un paso, triste porque en el mundo inferior subsistiesen las mismas falsedades que en el de los vivos. Armonía, Regla, orden, desorden, tinieblas, luz... palabras todas sin sentido para ninguno de ellos.

—¿Vendrás pronto a verme, hijo?

—Tan pronto como mis deberes me lo permitan. —Los ojos de Kamutef sonreían—. Ya sabes, mejor será que no me esperes levantado.

(Continuará...)

© Javier Cosnava

COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), escritor y guionista. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante TONI CARBOS y suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína* (Ed. Dibbuks). Otras obras de COSNAVA son el álbum de cómic: *Un buen hombre* (Ed. Glenat, 2009); su primera novela: *De los demonios de la mente* (Ilarion, 2009); el álbum de cómic *Prisionero en Maut-hausen*, (Ed. De Ponent, 2011); la novela de corte fantástico: *Diario de una adolescente del Futuro* (Ilarion, 2010). Y recientemente la novela 1936Z LA GUERRA CIVIL ZOMBI en Suma de Letras, que es un éxito rotundo.



POESÍAS

ZORRAPIO

por Martín Muñoz Kaiser

El romance y el deseo envuelven al poeta que eleva su pensamiento poético entre las galaxias mientras compara y comparte su amor con otros mundos y otras dimensiones.

Se contiene y muere
Nace y se destruye
No bien sale del horno
Se quiebra al contacto con el aire

Su delicada y perfecta piel
No está hecha para este mundo
No en esta dimensión
No en esta línea de tiempo
No en este universo

Quisiera tener alas
Viajar entre los átomos
Elevarme sobre la ionósfera
Verte desde un mundo distante

Quisiera que te perdieras
Que te olvides de respirar
Que cierres los ojos
Que me mires por primera vez

La dolorosa espera me aguarda
Entre metal y vidrio y piedras
En una mazmorra elevada
En un destino incompatible

Nuestros caminos no se cruzan
Solo se acercan burlonamente
Para que soñemos con un multiverso
Que nos permita fundir nuestros cuerpos



Saldaré mi condena un día
Y la libertad me parecerá fría
Porque el tiempo no perdona
Los portales se cierran

Cerraré los ojos ahora
Trataré de olvidar tus besos
Y guardar tus ojos en los míos
Sin derramar una lagrима.

© *Martín Muñoz Kaiser*

MARTÍN MUÑOZ KAISER, diseñador gráfico y escritor Chileno, vive en Valparaíso. Participa junto al cineasta ALEJANDRO VALDOVINOS escribiendo guiones de cortometrajes. En 2012 publica su primera novela, *El Martillo de Pillán*. En 2013 participa en el blog de OMAR VEGA, *El futuro imaginado*, con el relato corto *La última Burbuja* (<http://anticipacion.blogspot.com.es/2013/01/la-ultima-burbuja.html>). Prologa la novela *Kon* de JORGE ARAYA y su cuento *Kutralrayen* es portada en la revista impresa Ominus Tales. Junto a SERGIO ALEJANDRO AMIRA, escribe y publica la novela *WBK warm blooded killers*, un thriller que combina erotismo, misticismo y ciencia ficción.



UDF-423

por Mario Daniel Martín

Ensimismado en su visión del universo, el poeta deambula entre átomos y estrellas donándonos poéticamente sus sueños, esperanzas, nostalgias y pasiones.

El largo devenir del espacio-tiempo
en su peregrina evolución
desembocó en este puñado de átomos de carbono
forjado en cien mil estrellas desaparecidas
que me traicionan
con su nostalgia de las presiones inadmisibles
que apasionadamente los fraguaron.

A través de mis ojos
las líneas más intensas del espectro
de esas exangües y desbaratadas estrellas
se iluminan
cuando el universo se mira a sí mismo
y tímidamente
se ríe del pánico
inexorable
de la materia
desplazada irremediablemente al rojo,
del estupor
de la conciencia,
ante la simple belleza
de una noche estrellada.

Probablemente
en este mismo instante
(si eso tiene algún significado coherente
en el laberinto de los marcos de referencia gravitatorios
escupidos por doquier por el big bang)
en algún hipotético planeta
orbitando una tenue estrella de la galaxia espiral UDF-423,
a diez billones de años luz de mis pestañas,
alguien estará haciendo
algo equivalente
a mirar el cielo



y rascarse lentamente
los sobacos
en una noche clara y sin nubes,
reflexionando sobre la belleza del universo,
mientras percibe la débil luz
de las difuntas estrellas
que displicentemente
me formaron,
que indiferentemente
me donaron
sus cenizas.

© *Mario Daniel Martin*

MARIO DANIEL MARTÍN es catedrático de lengua y cultura hispanoamericana en la Universidad Nacional de Australia en Canberra. Además de artículos académicos, ha publicado libros de poesía, cuento y teatro en Argentina, país de donde es originario. En el ámbito de la ciencia ficción, ha sido declarado finalista en el Premio Andrómeda 2008, y ha publicado también cuentos y poesías en las revistas Próxima, Axxón, MiNatura y Cosmocápsula. <http://www.tercerafundacion.net/biblioteca/ver/persona/25766>



ARTÍCULOS

DEFIANCE

por J.A. Menéndez

En la pasada midseason, Syfy, el canal de televisión estadounidense especializado en ciencia ficción, estrenaba su apuesta más importante de los últimos años: *Defiance*. Arriesgada tanto en contenido como en forma, ¿habrá estado esta serie realmente a la altura de las expectativas que generó?

D*efiance* es la nueva apuesta de space opera transmedia del canal estadounidense SyFy. Que dicho así puede parecer una afirmación baladí pero que analizada con detenimiento muestra que contiene un par de cargas de profundidad a tener en cuenta.



SPACE OPERA, DE NUEVO.

La primera de esas cargas de profundidad se materializa en la temática del proyecto: *space opera*; ligerita y facilona pero *space opera* a fin de cuentas. No sería nada destacable si no fuese porque representa la nueva cabeza de playa del canal que en otros tiempos, cuando aún se llamaba *SciFi*, nos deleitó con productos netamente *ceferos* como las muchas variantes de *Stargate* o la sensacional, al menos en sus dos primeras temporadas, *Battlestar Galactica*.

Pero corría el año 2009 cuando los ejecutivos del canal decidieron dar un golpe de timón y variar el rumbo de sus contenidos. El mercado de ciencia ficción, que dominaban claramente, se les quedaba pequeño y optaron por sacrificar su esencia en aras de captar un mayor grupo de audiencias. No más dramas espaciales, bienvenidas las comedias fantásticas con toques de humor y per-





sonajes que pudiera consumir toda la familia. *Warehouse 13* fue la serie que dio el pistoletazo de salida a la nueva era y que incluso les llevó a cambiar el nombre del canal de *SciFi* a *SyFy*, por aquello de renegar por completo de su anterior status. Por fortuna o por desgracia, *Warehouse 13* consiguió los mejores datos de audiencia de la cadena; no en vano sus seis primeros capítulos se colaron entre los diez más vistos de la cadena en toda su historia. Esta señal fue interpretada como un espaldarazo del espectador a la nueva política del canal.

Sin embargo, el paso del tiempo demostró que la apuesta no había sido todo lo acertada que los datos cortoplacistas habían augurado. La buena acogida de la nueva filosofía se fue diluyendo con el tiempo, mientras que los seguidores tradicionales del canal lo abandonaban por la falta de los contenidos que lo habían hecho popular. Así que cuatro años después del cambio de rumbo, SyFy decide retomar la senda original que quizá nunca debió abandonar. *Defiance*, estrenada en Estados Unidos en abril de 2013, es el nuevo punto de inflexión para el canal, la vanguardia de toda una nueva serie de proyectos que intentarán recuperar el viejo espíritu de *SciFi* y que incluye media docena de títulos prometedores, entre los que se cuenta la tan cacareada *Helix*, de **Ron Moore**. Pero como diría **Ende**, esa es otra historia y merece ser contada en otra ocasión.

HILOS QUE TEJEN UN TAPIZ.

La segunda carga de profundidad de nuestra afirmación inicial reside en el concepto *transmedia*, tan en boga últimamente. ¿Y qué significa exactamente? Transmedia es un neologismo que responde a una forma particular de narrar; se basa en repartir el contenido entre varias plataformas o medios de difusión que se complementan y que el espectador debe consumir en su totalidad si quiere obtener la visión completa de lo narrado. Es comúnmente aceptado que la actual encarnación de la idea requiere cierto tipo de interacción por parte del usuario,



aprovechando los canales multimedia disponibles. Aunque el «palabro» es nuevo, el concepto no lo es tanto: se podrían citar numerosos ejemplos de películas o series que han sido complementadas con cómics o novelas que las amplían. Ni siquiera lo es en la

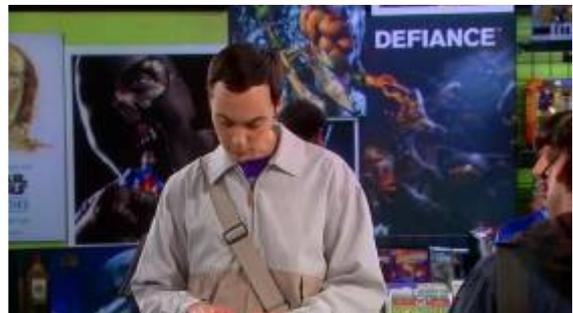


acepción multimedia digital moderna, en la que pudimos presenciar experimentos como el realizado por los hermanos **Wachowski** con su película *Matrix Reloaded* y el videojuego *Enter the Matrix*, que vieron la luz simultáneamente y cuyos argumentos se entrecruzaban.

Defiance opta exactamente por este mismo tipo de implementación transmedia: una serie de televisión y un videojuego situados en el mismo mundo. Aunque ante la natural duda que puede surgir del estilo «*No me fastidies que tengo que jugar a un videojuego para entender la serie*», he de asegurar que en el caso que nos ocupa no es así. Hay algunos personajes que aparecen en ambos productos, un puñado de sucesos que se entrecruzan y parte del farragoso background, especialmente las particularidades de las distintas razas Votan, repartido aquí y allá, pero nada que nos impida que tanto la serie como el videojuego pueden ser consumidos de forma independiente sin que se resienta apenas la experiencia. Estamos ante un caso de transmedia «blandito», que da la sensación de que *SyFy* ha querido nadar y guardar la ropa, innovando en la forma de distribución pero minimizando el riesgo en la medida de lo posible.

«SPACETTI» WESTERN.

La serie de televisión, que se compone de una primera temporada de doce episodios, trece realmente porque el piloto es doble, y ha sido renovada para otra segunda de trece, comenzó con unos datos de audiencia interesantes debidos a la gran expectación que había generado la propuesta. No poco tiene que ver con ello la fuerte



campaña de lanzamiento que implementó el canal, con frikadas como el posicionamiento dentro de la comedia de más tirón en U.S.A. Una vez vista su concreción, las audiencias han ido descendiendo paulatinamente hasta tal punto que la segunda temporada no se estrenará en la *midseason* americana como lo ha hecho esta primera, sino que su emisión ha quedado relegada a la campaña de verano de 2014, donde se colocan productos casi de relleno.

La premisa de este mundo se basa en una invasión alienígena. En 2013, un grupo de naves espaciales llegan a la Tierra. En ellas viaja todo un pupurrí de especies, llamadas colectivamente Votan, que han huido de su sistema solar, destruido en una colisión estelar, y que pusieron rumbo a la Tierra pensando que estaba deshabitada. Pero cachis, cuando llegan está *petada* de humanos, así que las cosas no van a ser tan sencillas como se las prometían. Hasta aquí la información que se nos suministra en el arranque de la serie antes de pegar un salto



en el tiempo hasta 2046, que es donde se desarrolla el resto de la acción de la temporada. Y en este punto es donde comienza el componente transmedia. Si queremos rellenar el hueco que deja ese salto debemos recurrir o bien al videojuego, que tampoco lo cubre todo, o a la página web. Allí nos enteraremos de las primeras colonias en Brasil, del estallido de las Guerras Pálidas (humanos vs Votan), la terraformación de la Tierra y el punto de inflexión que supuso el desafío que da nombre a este mundo. También recabaremos información sobre las siete especies Votan y sus principales características físicas y culturales. Aunque en realidad en la serie sólo son importantes tres: los Castithan, los Irathient y los Indogene; también los Volge en el piloto, pero sólo ahí. Qué pinta cada una de ellas lo veremos más adelante.



Los dos protagonistas sobre el papel son Nolan e Irisa, un par de saqueadores de *arcas*, nombre que reciben las naves espaciales en que los Votan vinieron hasta la Tierra. El primero es un ex-militar que combatió en las Guerras Pálidas y participó en el incidente Defiance. La segunda es su hija adoptiva, una joven Irathient a la que Nolan rescató cuando era pequeña. El tema de los saqueadores de *arcas*, que promete una línea de aventuras y acción, es sólo una excusa *molona* para promocionar la serie, puesto que sólo reaparece tangencialmente en un único capítulo tras el piloto. ¿De qué va entonces la serie? Pues va de que estos dos llegan a un pueblo llamado Defiance, que se erige sobre lo que otrora fuera Saint Louis, Missouri, y les nom-

bran respectivamente Sheriff, perdón, LawKeeper, y ayudante. Este pueblo se caracteriza por ser independiente y porque en él cohabitan pacíficamente humanos y todas las especies Votan.

Decía que Nolan e Irisa son los protagonistas sobre el papel, porque en realidad no lo son tanto. Aunque sí es cierto que ella tendrá cierta importancia en una trama subyacente, los dos son meras comparsas para introducirnos en la vida de este pueblo, con sus luchas de poder entre dos familias, sus ajustes de cuentas, sus amoríos imposibles. Y ahí es donde empieza a torcerse la cosa. Porque de entre todas las posibilidades, han decidido que Defiance sea un *western*. No tengo nada contra el género, de hecho es uno de mis preferidos, y mezclarlo con ciencia ficción ha demostrado que puede dar estupendos resultado (*Firefly*, **Joss Whedon**, 2004); pero el problema viene cuando decides tirar por ese camino porque es cómodo y en lugar de buscar la variante de calidad, te descuelgas por las inme-



Año XI. Número 20, tercera época. Julio-Agosto 2013.

diaciones del spaghetti western: coges la típica historia mala del oeste, la retocas lo mínimo posible y copias como un cabrón, perdón, bebes de la fuente sin reparos. Es que hasta se habla de la llegada del tren como un tema candente, la gente viaja en diligencias, y, por supuesto, las fuerzas vivas del pueblo son la alcaldesa, el sheriff, el dueño de la mina, el jefe de los matones, la doctora y la dueña del saloon-puticlub, donde además la gente va a beber y jugar a las cartas! También tenemos a los Irathient, que cumplen el papel de indios con rituales de invocación a Manitú, perdón, a Irzu, incluidos; y la cosa no deja de tener guasa porque aquí los nativos son los humanos y no los Irathient.

Me pregunto seriamente si esta producción hubiese sido lo mismo de haberse rodado en los años dorados de las series, cuando el presupuesto no era un problema y se buscaba calidad e innovación, si hubieran contado con los medios y el coraje de situarla durante el encuentro inicial, o durante las Guerras Pálidas. Porque la palabra que mejor resume el resultado real es *cutre*. Muy cutre. En cualquiera de los aspectos que queramos examinar: decorados, construcción de personajes, interpretación (salvo un par de contadas excepciones), tramas, trasfondo... Se nos intenta vender que Defiance es un pueblo grande y próspero, donde por lo menos viven en torno a seis mil almas, pero toda la acción transcurre en cuatro calles de chabolas (literalmente, son cuatro), un bosque y los alrededores de una mina; y ya. La caracterización de las razas Votan, salvo los Volge que salen, y poco, sólo en el piloto (y cantan soleares esos efectos digitales cutres), es propia del Star Trek de los sesenta: a ti te pinto de blanco, a ti te pongo una máscara de gorila, a ti unas barbas de gnomo y a ti una frente con lunar blanco y pelambarrera roja que quita el *sentío*. De las costumbres alienígenas sólo dan pinceladas de los Castithan, que copian sus características del sistema de castas de la India, y los Irathient, que las copian de los nativos americanos.



Los personajes, incluso los pretendidamente complejos, son planos e imposibilitan que el espectador empatices con ninguno de ellos. Los conflictos se plantean sin fuerza y se resuelven casi sin ganas.

Los *props*, la cacharrería para entendernos, da vergüenza ajena. En el piloto muestran algún arma exótica y Nolan lleva un pistolón supuestamente militar que parece de plástico pero al menos es diferente. A partir de ahí, el resto de armas son actuales. Es decir, dentro de cuarenta años siguen usando los mismos modelos de pistolas y fusiles que hoy día, guerra alienígena de por medio. Y yo



voy y me lo creo. Lo mismo para los vehículos, un par de motos de cross cutres y un boogie reconvertido en chatarrería andante.

En su intento por crear expresiones populares, como el ya mítico *frak* de *BattleStar Galactica*, han diseñado un puñado de palabrejas que repiten sin venir a cuento en todos los capítulos. *Stako* es la más destacada de ellas y pretende sustituir al inglés *shit*, pero donde *frak* molaba y era adoptaba de inmediato por los seguidores, ésta apesta.

Todo eso, sumado a lo previsible, anodino y naif de las tramas, hace que te importe un pimiento lo que sucede en pantalla y explica la huida en masa de la audiencia y el traslado de la segunda temporada al verano.

BANG, BANG, RA-TA-TA-TA. ¡BOOM!

El videojuego, por su parte, es un multijugador online al que se puede acceder desde el ordenador, la Xbox 360 o la PS3. Los elementos de rol están muy diluidos y básicamente consiste en crear tu personaje y dar tiros a diestro y siniestro. Sí que es cierto que el sistema de evolución está equilibrado de forma que un no-



vato y un veterano del juego puedan hacer equipo sin que el primero se sienta un completo estorbo, pero al mismo tiempo esa falta de diferenciación de nivel desanima al jugador hardcore.

Aquí encontramos toneladas de información sobre las especies Votan, su historia y todo el trasfondo que en la serie se comen con patatas. No obstante, la historia del juego transcurre en un área geográfica distante y no tiene relación directa con la serie salvo por la aparición de un par de personajes y la mención a algunos acontecimientos generales, con lo cual se garantiza el consumo por separado de ambos productos.

En general, el juego es un dispara-a-todo-lo-que-se-mueva que no aporta gran cosa respecto a otras alternativas del mismo palo. Lo único medianamente divertido son unos acontecimientos denominados «Lluvia de Arcas», que como su nombre indica señalan la caída de arcas que además de jugosos bonus traen varios bichos bastante duros de pelar y atraen a esa zona del mapa a multitud de jugadores, con lo que el desporre suele estar garantizado.

Concluyendo, Defiance partía de una premisa muy potente y había consegui-



do generar muy altas expectativas por venir de quien viene. Pero en lugar de una hermosa construcción, hemos descubierto que se trata de una escombrera. De-fiance es, por lo tanto, una decepción; como todas las decepciones, por lo que pudo haber sido y no fue. No obstante, es una gran noticia en cuanto lo que sí es: la vanguardia de una forma más interactiva de narrar el contenido televisivo y el regreso de SyFy al viejo espíritu que nunca debió abandonar.

© J.A. Menéndez

J.A. Menéndez nació con alma de cuentacuentos y la intuición de que el mundo necesita historias. Ha publicado una novela y un buen puñado de cuentos dentro del género de ciencia ficción. Recientemente, su novela *Noclipse* ha quedado finalista del Premio 451 de Novela de Ciencia Ficción. Se puede curiosear más sobre él en su blog Hic Sunt Dracones (<http://bushido.blogspot.com.es/>).



LAS CINCO GRANDES UTOPIÁS DEL SIGLO XX (Y 6) ECOTOPIA

por PÉ DE J. PAUNER

Este artículo de Pé de J. Pauner nos trae desde otra época la visión de Ernest Callenbach de una sociedad ideal basada en ideales hippies y donde se puede ver que algunos elementos han logrado colarse a nuestra sociedad actual, como toda obra de ciencia ficción nos tiene acostumbrados. Adelante amigos, disfruten del detallado análisis de esta obra.

Título Original: *Ecotopia*.

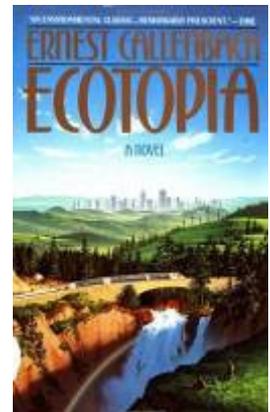
Autor: Ernest Callenbach.

Año de Publicación: 1975.

Género: Utopía.

Propuesta: Sociedad perfecta alcanzada mediante el equilibrio ecológico a través de políticas medioambientales.

Elementos científicos o tecnológicos: La ciencia de la ecología transformada en política social, un estado-ecosistema, energías renovables.



El Times-Post puede por fin anunciar que William Weston, su más renombrado especialista en asuntos internacionales, pasará, a partir de la próxima semana, un mes y medio en Ecotopia. Este acontecimiento periodístico sin precedentes ha sido posible mediante una serie de acuerdos al más alto nivel diplomático. Va a ser la primera visita oficial de un americano a Ecotopia desde que tuvo lugar la independencia en 1980, a raíz de la cual se interrumpió todo tipo de comunicaciones. El Times-Post envía a Weston a esta misión de investigación tan especial y difícil convencido de lo esencial que resulta efectuar un juicio objetivo y directo de la realidad de Ecotopia en los umbrales del siglo XXI.

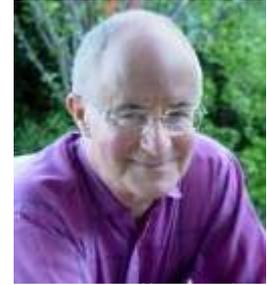
Antiguos antagonismos han impedido durante largo tiempo todo examen mínimamente serio de lo que ha estado ocurriendo en Ecotopia una parte del mundo cercana, querida y familiar para nosotros en una época, pero alejada y cada vez más misteriosa durante sus dos décadas de independencia.

Lo que importa ahora no es tanto oponerse a Ecotopia, como comprender su experiencia –algo que no puede más que beneficiar a la causa de las buenas relaciones internacionales. El Times-Post está, como siempre, dispuesto a servir a tal causa.

La década de los años 70 del Siglo XX produjo una serie de obras utópicas



basadas en los crecientes movimientos ciudadanos (las posteriormente denominadas ONG's u *Organizaciones No Gubernamentales*, catalogadas de «poder emergente»), sobre todo en el campo del feminismo y la ecología como actividad política (el activismo medioambiental). Cuatro años antes de que se publicara *Ecotopía* había sido fundado *Greenpeace* como respuesta a las pruebas nucleares de los Estados Unidos en Alaska. Es la misma década en la cual los partidos verdes comenzaban a ser conocidos y estaban presentes aún los temores sobre la explosión demográfica de la década anterior que auguraban hambrunas planetarias para inicios del Siglo XXI. En el marco de todo esto, **Ernest Callenbach** escribe esta obra que cobraría importancia no sólo dentro del activismo ambiental sino dentro del pseudo místico movimiento *New Age*. **Callenbach**, entusiasta del cine, orador, panelista, ecologista, ha tenido un acercamiento, en Japón, a su fantasía vuelta realidad a través del movimiento *Yamagishi*, que integra la vida comunitaria y agrícola en una comunidad intencional con sustentos ecológicos.



Pero *Ecotopía*, como obra literaria, es poco más que una especie de manual de cómo crear una utopía de tipo ecológico –y en esto recuerda la lentitud de *Walden Dos*, que también adolece de este defecto; sin embargo, ambas están inscritas en el mejor estilo de **Tomás Moro** y repiten algunas de sus convenciones–, la descripción a través de notas que el protagonista, un reportero, envía a su publicación pero también en las que registra en su diario, más íntimas y reveladoras. Es un libro interesante, sorprendente por momentos pero casi carente de la acción o aventura verdadera a la que nos tienen acostumbrados los escritores de ciencia ficción que le han dedicado tiempo a la utopía.

Después de veinte años de vivir en aislamiento en los territorios separados de la unión americana (norte de California, Oregón y Washington) que se han establecido como un *estado ecosistema*, según los preceptos de vivir en una utopía que sea un perfecto balance entre humanos y medio ambiente, se admite a un visitante proveniente de los Estados Unidos, el periodista Will Weston del New York Times-Post.

A la manera clásica de la intrusión de un extraño, un viajero, en la utopía (como el Salvaje en *Un Mundo Feliz* y el profesor Burris en *Walden Dos*), el visitante nos servirá de guía y contraste a través del territorio reconstruido de estos ex estados americanos, de sus costumbres y diferencias con el mundo del cual proviene, para maravillarse ante la sociedad erigida sobre el compromiso del respeto a la naturaleza y a la propia naturaleza humana que no niega sus instintos.

*A bordo del vuelo 38 de TWA, de Nueva York a Reno, 3 de Mayo.
Comienzo mi misión en un jet que vuela en dirección oeste, hacia Reno –
la última ciudad americana antes de la impresionante barrera de Sierra
Nevada, que guarda en su seno las cerradas fronteras de Ecotopía.*



Como en toda utopía clásica que se precie las «fronteras cerradas» están presentes en Ecotopía y los vuelos comerciales sobre su territorio están prohibidos para evitar el ruido y la contaminación de la atmósfera. Pero este nuevo país se abre ante el asombrado Weston cuando se da cuenta de que, incluso dentro de los vagones de los trenes, los ecotopianos han colocado helechos colgantes, macetas y cubos de reciclaje de basura y todo tiene un aire de rusticidad que contrasta con el ambiente neoyorquino del cual él proviene. Los habitantes usan ornamentos naturales como conchas y plumas y visten con extravagancia y colorido. El transporte es gratuito y está automatizado. Las calles de San Francisco están adornadas con fuentes, canales rodeados de rocallas con árboles y bambúes. Los rascacielos han sido reacondicionados como edificios de departamentos. Tienen inventos futuristas aunque la cultura del reciclaje ha alcanzado al papel higiénico, volviéndolo *áspero y ordinario*. Cazadores cargan con la presa sanguinolenta en pleno microbús y uno de ellos se atreve a pasarle un dedo ensangrentado por la cara, a manera de ritual iniciático. El tráfico vehicular de coches a motor de combustión interna ha sido prohibido y se fabrican autos eléctricos.

Weston comienza a entender que se le trata con benevolencia, algo así como a un niño en vías de aprendizaje: conceptos enajenantes como la medición del tiempo en las ciudades comunes han sido erradicados y se privilegia la observación del cielo, amaneceres, puestas de sol y los ritmos naturales como las mareas. Se admira y copia a los indios americanos y los únicos deportes admitidos son los que se realizan al aire libre. Sin embargo, en Ecotopía la comunicación se realiza a través de videoteléfonos de una manera muy propia, como una especie de compensación tecnofílica pues los ciudadanos han logrado que *la televisión no sea meramente una portadora de noticias, sino la noticia misma* lo que significa que, entre otras extravagancias, los encargados del medio se divierten tiñendo la pantalla de colores extravagantes (¿un sueño inducido por alucinógenos?). En todo caso, los cazadores de «profecías científicas» le reconocen el haberse anticipado, con este pasaje, a los *reality shows* de fines del Siglo XX y principios del Siglo XXI.

El sexo de los habitantes de la utopía es otra cuestión extraña para Weston, pues descubre las permisivas prácticas sexuales de las ecotopianas: *Pero el hecho de que los ecotopianos sean tan escandalosos al hacer el amor no me ayuda en absoluto. A través de las paredes de mi hotel, que no son excesivamente delgadas, se oyen gemidos, suspiros, lamentos, gritos. Es evidente que no les importa lo más mínimo que otros les oigan. Conoce a Marissa Nube Luminosa quien le traslada a otro mundo, literalmente, en materia erótica: Todo lo que hacemos está realizado con los sentidos. A veces nos excitamos con una simple mirada. Otras, llegamos a sentir unos orgasmos absolutamente brutales. Ninguno parece ser más importante que el otro. Lo que ocurre entre nosotros es tan extraordinario que ni me acuerdo que tiene un amante, ni me preocupa lo que pueda hacer con él.*



Porque los ecotopianos viven *en familia* lo que implica rodearse tanto de parientes como de extraños que de alguna manera han establecido relaciones con los demás, recuerdo del hippismo del cual, en parte, está inspirada la novela.

Ecotopía revela a Weston su faceta oscura cuando se entera que se liberan las hostilidades inherentes al espíritu humano mediante guerras rituales: *han considerado siempre la antropología como una ciencia de considerable utilidad práctica. Por esto, después de la Independencia, decidieron empezar a experimentar en la vida real ciertas hipótesis antropológicas. No sin gran oposición se autorizó legalmente algo tan radical como son los juegos de guerra rituales, a pesar de toda la astucia desplegada por los mejores juristas del país. Pero sus defensores habían persistido en su empeño, convencidos como estaban de la necesidad de instaurar algún cauce para dar expresión al espíritu de competitividad física que parecía ser inherente a la naturaleza humana y que, de otra manera, se manifestaría de forma brutal, como en las guerras.*

La mujer gobierna este paraíso ecológico y la minoría negra vive en ciudades-estado por decisión propia. *¿Tal vez es que sólo los artistas pueden llegar a dominar sus propias contradicciones incorporándolas a su obra?* Se pregunta el reportero, sintiéndose dividido entre la mujer ecotopiana que ama –compartida con su familia–, y la estadounidense que le espera cuando revela las dolorosas relaciones maritales con su esposa neoyorkina. Acaso un símbolo de la ruptura con el mundo egoísta del cual proviene.

El autor tiene el mérito de haber inspirado a otros para la consecución material de su sueño, existe una ecotopía en la región de Extremadura, en España, fundada en el año 2000, por ejemplo, que toma el nombre de su comunidad directamente del libro. **Callenbach** construye el título de la novela y de este particular tipo de utopías ecológicas –que desde entonces llamaríamos *ecotópicas*–, como un monstruo verbal basado en el que inventara **Tomás Moro**, pues, si traducimos Ecotopía al castellano, literalmente nos da: *El lugar de la Casa* (de *Oikos*, cuyo significado es *casa* en griego), pero todos comprendemos las implicaciones que esta, tal vez la más deseable de las utopías en estos tiempos de globalización y cambio climático, contiene.

© Pé de J. Pauner

PÉ DE J. PAUNER (Tuxpan, Veracruz, México, 1973). Narrador, ensayista, *performer*, crítico de cine y arte, activista y biólogo terrestre (en este caso firma sus artículos como Pedro Paunero). Autor de *Labellum* (novela erótica). Fundador de Arco Iris, a.e. (asociación ecologista). Ganador de premios de cuento breve. Ha participado en antologías mexicano-catalanas, australianas y latinoamericanas.



ENTREVISTAS

ENTREVISTA A MAGNUS DAGON¹

por María del Carmen Horcas

Adelante amable lector, acércate a este artículo sin temor, esta entrevista nos acerca a Magnus Dagon y su mundo interior de donde nace toda la mágica literatura que nos ha dado. Descubrimos por qué nos gusta tanto: porque escribe lo que más le gusta a él mismo y ahí está el secreto de todo excelente autor amar el encadenamiento de palabras que nacen de sus dedos al teclado.

En la actualidad, Magnus Dagon y Tecnoverso son prácticamente sinónimos. Sin embargo, todavía existen lectores que desconocen este universo. Por esta razón, nos gustaría que lo definieras con tus propias palabras...

Pues es un universo que se puede llamar pulp, cienciaficcioneo, fantástico, lo que sea, que tiene como función aglutinar historias de personajes con grandes habilidades, a veces superpoderes pero no siempre (Los Caídos carecen de poderes), y que tiene como señas de identidad cantidad de mundos distintos (y por tanto cantidad de entornos distintos, incluso en una misma colección), y el uso de la tecnología como «elemento fantástico», es decir, no hay magia ni nada similar (Marvel mezcla tecnología y magia sin el menor problema). No está enmarcado en ningún subgénero más allá de eso: *Los Caídos* y *Perséfone* son novela negra, por ejemplo, pero *The Jammers* son aventuras en un tono más luminoso.

Es obvio que las influencias son múltiples. Sin embargo, nos gustaría conocer cuáles son las tuyas. ¿Qué libros, discos, películas, etc. fueron determinantes para convertirte en escritor y continúan influyéndote cada vez que concibes una nueva historia?

Comic: *Spider-man* y los *X-Men*;

Libros: *Fundación*, *Hyperion*, *La luz del día*;

Pelis: *Blade Runner*, *Casablanca*, *Laura*, *Memento*, las de *Indiana Jones*;

Discos: A la literatura influenciaron mucho los de Depeche Mode, Opeth, Hooverphonic y, como sabe todo el que leyó *El Informe Cronocorp*, The Alan Parsons Project

Videojuegos: Aventuras gráficas, los Final Fantasy y los Silent Hill.

¹ Esta entrevista fue realizada en julio de 2013.



¿Consideras que el Tecnoverso permite una mayor libertad creativa?

Esa era la idea. Marvel y DC poseen mucha libertad pero uno no deja de pensar a menudo que Metrópolis y Nueva York parece que tienen más héroes que habitantes normales. En el Tecnoverso hay muchos planetas, lo que da una inmensa libertad al autor para situarse como mejor le convenga con su colección/personaje, siguiendo unas pautas de cohesión lógicas, por supuesto.

Si algo destaca en tus novelas es, precisamente, el despliegue de imaginación. ¿Cómo consigues que tus historias tengan un equilibrio cuando reúnen elementos tan diferentes entre sí?

No es algo consciente, creo que simplemente el secreto, si se puede llamar así, es contar lo que me encantaría leer, leer montones de cosas, y pasar más tiempo disfrutando lo que leo/veo/escucho/juego que criticándolo y buscándole puntos flojos. Sólo busco pasármelo en grande con las creaciones de otros y provocar eso mismo en los demás.

En cualquier caso, tú también demuestras ser bastante polifacético. Aparte de escritor, perteneces al grupo de música *Balamb Garden* encargado de las canciones de *The Jammers*. ¿Cuál de estas facetas te define mejor? ¿O es imposible concebir a Magnus Dagon sin ambas?

Me siento más músico/cantante que ninguna otra cosa. Si redujera mi vida entera a sueños y anhelos desde la misma adolescencia, la música gana por goleada a la literatura.

En *The Jammers* consigues que tus personajes sean lo que cualquier niño desearía al preguntarle qué quiere ser de mayor: superhéroes y estrellas de la música. ¿Magnus Dagon también ha cumplido sus sueños de infancia o todavía te queda alguno por alcanzar?

Anhelo tener un trabajo que no me esclavice y que me permita seguir escribiendo o componiendo como hasta ahora. Y deseo que lo que hago tenga alcance global, que sea conocido para todo el público, que conozcan el Tecnoverso como se conoce Marvel o mis historias de terror como se conocen las de **Lovecraft**. No busco vivir de escribir ni ser famoso (odiaría que me reconocieran por la calle), pero sí reconocimiento por el trabajo realizado, el calor de la gente, y saber que admiran y aprecian el inmenso esfuerzo que le he puesto al asunto.

***Perséfone* es un spin-off de *Los caídos*. Cuando la concebiste, ¿esperabas que tuviera tanto éxito hasta el punto de que acabase protagonizando sus propias aventuras?**

Nunca pensé en hacer una miniserie de *Perséfone*, fue la gente la que dijo que le molaba el personaje y por lo que me animé con los cuatro primeros números.



Tampoco concebí nunca hacer una colección con *The Jammers* hasta que me lo propusieron.

¿Existe la posibilidad de que otros personajes, hasta ahora secundarios, tengan su propio universo? ¿O Perséfone ha sido una excepción?

Existe la posibilidad de hacer lo mismo con otro secundario de *Los Caídos*, y de nuevo no sería el autor, aunque ayudaría con muchas ideas y notas sobre personajes y tramas que tenía guardadas. Si vuelvo a coger personalmente el teclado para otro personaje del Tecnoverso, haré uno completamente nuevo.

En esta ocasión, escribes junto a Raelana Dsagan. ¿Cómo es la experiencia de escribir a cuatro manos?

No ha habido tal experiencia. Cuando hice los cuatro primeros números, estaba aún solo en esto, y luego **Raelana** simplemente ha tenido total libertad con la única regla de no romper la continuidad de otras colecciones del Tecnoverso. Me consultaba todas las ideas, proponía alguna que tenía en el tintero, pero eso fue todo.

¿Cuáles fueron las razones para pedirle su colaboración en este proyecto?

Amistad y total confianza en ella y en su calidad.

¿En algún momento vuestra amistad se ha visto afectada por la circunstancia de trabajar juntos en la misma historia teniendo estilos tan diferentes?

Ni una sola vez. De hecho esos estilos diferentes me parecen fantásticos porque así damos más diversidad, sería muy aburrido que todos los héroes de Marvel fueran en un rollo similar, ¿no? A unos les mola *Thor*, a otros *Spider-man*, y a otros los *X-Men*. Pues aquí la idea era idéntica.

Es obvio que ambos estáis disfrutando, ¿tenéis pensamiento de seguir escribiendo conjuntamente en el futuro?

Eso el futuro lo dirá. Por ahora el presente es más urgente.

Retomando el Tecnoverso y algunas de tus obras dentro de este género, cabe destacar la magnífica ambientación y, sobre todo, los personajes. De hecho, la mayoría deja una profunda huella en los lectores, incluso los secundarios por muy breves que sean sus apariciones en las historias. ¿Cómo explicarías este atractivo?

De nuevo, lo ignoro. Quizá sea porque me inspiro en mis héroes favoritos y son los héroes favoritos de más gente, y que trato de contar las historias que nunca llegué a leer, como músicos con superpoderes, algo que Marvel sólo rozó de pasadísima con el personaje de Dazzler.

Algunos afirman que Magnus Dagon no describe a personajes, sino a perso-



nas reales. Es más, la complejidad psicológica y la ambigüedad moral que los caracteriza recuerdan mucho a *Watchmen* (Alan Moore & Dave Gibbons). ¿Consideras que los lectores demandan superhéroes más «humanos» con los que puedan sentirse identificados?

La verdad es que no lo creo (por cierto, no me gusta **Alan Moore** :D). Creo que sólo buscan superhéroes con los que pueda identificarse y sencillamente las pautas de esa «identificación» son las que cambian en cada generación. Por ejemplo, la segunda génesis de los *X-Men* (Lobezno, Tormenta, Rondador) fue un éxito arrollador porque se le dio a cada uno una nacionalidad distinta (y por tanto empatía con el lector internacional), y porque se les hizo tener miedos, neuras, y sentirse distintos a los demás. No es de extrañar que muchos colectivos muy discriminados en esa época (los 70-80) como las mujeres y los homosexuales los convirtieran en sus héroes de cabecera.

Existe la creencia de que todos los autores se reflejan en sus obras. ¿Ocurre lo mismo contigo? Si fuese así, ¿qué personaje representa tu identidad secreta en el Tecnoverso?

Estoy en muchos, obviamente, pero sin duda con el que más me identifico es Distorsión, bueno, es que somos el mismo y hasta hace en el libro insensateces que he hecho en la vida real. Ha sido la única vez que he creado un personaje al que le he dado mis defectos; tienes que querer mucho a un personaje y ser muy crítico contigo mismo para hacer eso y que no quede absurdo.

Algunos de tus últimos éxitos consiguieron publicarse gracias al crowdfunding. ¿Piensas que es una buena alternativa ante la reticencia de las grandes editoriales a publicar nuevos autores?

Sí lo creo, la verdad. Todos los caminos son buenos, y cosas que ahora nos parecen normales fueron extraños experimentos editoriales cuando alguien los pensó por primera vez.

¿Crees necesario reinventarse en el actual panorama literario?

Si dijera «no» es como decir que el panorama actual me satisface. Y este panorama no me satisface. Aparte de que es cada vez más monotemático (Z por todas partes), estoy contemplando con una mezcla de impotencia y estupor cómo se está dejando de lado a muchos autores buenísimos sencillamente porque no hacen lo que es la última moda y porque no son «agresivos» (digámoslo así) en su manera de publicitarse. ¿Nombres? **Santiago Eximeno, José Ignacio Becerril Polo, José Miguel Vilar-Bou, Juan Ángel Laguna Edroso.** Autores maravillosos que merecen mucho mejor tratamiento del que están teniendo ahora.

¿Cuál dirías que es la mejor forma de promocionar tu libro cuando eres un autor desconocido?



Año XI. Número 20, tercera época. Julio-Septiembre 2013.

Internet. No es que sea la mejor, es que es la única. O eso o te tiras a un famoso y lo cuentas en Telecinco.

¿Consideras que el mercado literario actual es monotemático? Es decir, parece que todo aquello que no incluya Z o sombras en el título no interesa al lector. ¿Estás de acuerdo con esta impresión?

Literalmente lo que he dicho antes en otra respuesta. Sí, sin duda. Muy monotemático y cansino. Y estoy también totalmente en contra de irse al género de moda sólo para usarlo de trampolín literario. No me parece una manera sana de empezar una trayectoria como escritor.

De todos modos, tus novelas no parecen estar influenciadas por ninguna moda, sino que escribes lo que te gustaría leer cuando compras un libro, ¿es así?

Lo clavaste.

¿Cuál es el último libro que no podías dejar de leer? ¿Y otro que te haya supuesto un gran esfuerzo terminarlo?

Ahora mismo, *Ready Player One*, el último gran libro de ciencia ficción, magnífico, excelente y con mil referencias a los años 80. Que me haya supuesto esfuerzo terminar, cuando estaba en el instituto me obligaron a leer *La Colmena* de **Cela** y no tengo nada en contra de ese libro ni ese autor, pero no es mi estilo de libro y a diario tenía que autoimponerme leer 20 páginas para acabarlo.

¿Qué tres libros recomendarías como imprescindibles?

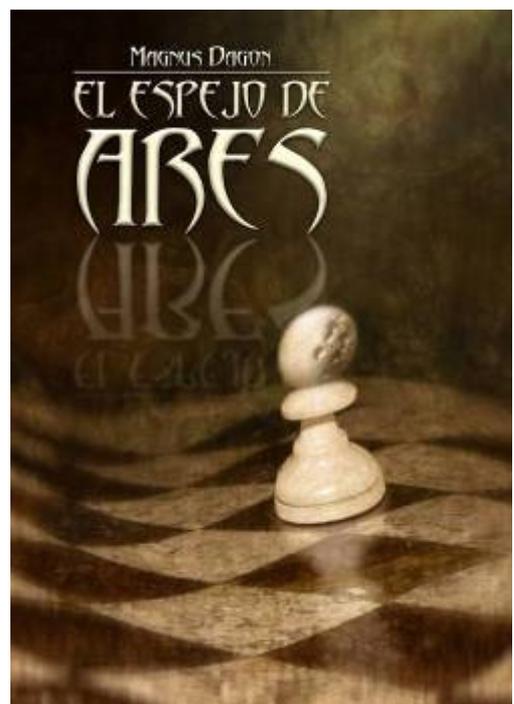
Creo que eso depende mucho de cada persona. Los míos son los de las influencias que mencioné más arriba.

¿Ebook o papel?

Ni siquiera tengo ebook. XD

Para concluir, ¿es posible que nos adelantes algo de tus futuros proyectos?

Es posible. He firmado con una editorial para sacar un libro en dos volúmenes. El libro cuenta la historia de la colonización del planeta Marte desde los primeros a los últimos días y, como extra, el fin de la Tierra. ¿Alicientes para leerlo? Aparte de mis clásicos puntos fuertes, personajes y ambientación, tardé 10 años en escribirlo, el libro narra los ini-





cios del Tecnoverso, mi antigua agente me dijo que era uno de los mejores libros que había representado jamás y, para rematar, uno de los personajes centrales se llama Magnus Dagon y de ahí tomé mi nombre artístico. ¿Puede haber mejor motivo que ese? ☺

© *María del Carmen Horcas*

MARÍA DEL CARMEN HORCAS es licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas por la UMA y posee un doble Máster en Dirección de Comunicación Corporativa. A pesar de su corta trayectoria, tiene en su currículum numerosas colaboraciones con diferentes publicaciones online y páginas web. Durante sus prácticas de copy junior en la agencia *El cuartel*, empezó a escribir semanalmente para *La web del Terror*, siendo su primera colaboración como crítica literaria. Después fundó su propio blog, *La diseccionadora de libros* para abarcar un catálogo de autores y novelas más amplio que le permitió darse a conocer bajo este pseudónimo.



CÓMICS

EL NIÑO Y EL SOL

Guión: Antonio Mora Velez/Arte: Komixmaster

